



Asamblea General

Sexagésimo noveno período de sesiones

87^a sesión plenaria

Martes 5 de mayo de 2015, a las 10.10 horas

Nueva York

Documentos oficiales

Presidente: Sr. Kutesa (Uganda)

Se abre la sesión a las 10.10 horas.

Tema 129 del programa (continuación)

Septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial

Sesión extraordinaria y solemne de la Asamblea General en memoria de todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial

El Presidente (*habla en inglés*): Como los miembros recordarán, la Asamblea celebró un debate sobre el tema 129 del programa y aprobó la resolución 69/267, en su 80^a sesión plenaria, celebrada el 26 de febrero de 2015.

Este año se cumple el septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, un conflicto que causó sufrimientos indecibles a la humanidad. Este aniversario también reviste especial importancia para las Naciones Unidas, las cuales se erigieron sobre las cenizas de esa Guerra feroz, que se cobró millones de vidas.

La Segunda Guerra Mundial se enmarca en un período de atrocidades inenarrables, pérdida de fe y devastación de la humanidad. Hoy, honramos a las innumerables víctimas que perdieron la vida en esa Guerra. Esta sesión extraordinaria también nos brinda la oportunidad de recordar el firme deseo de la Asamblea General de hacer todo lo posible para prevenir y mitigar el sufrimiento humano que dimana de la guerra. De hecho, nunca debemos olvidar la responsabilidad que incumbe a la comunidad internacional de enfrentarse

a los tiranos, a los déspotas y a todos los que tratan de reprimir el carácter perdurable del espíritu humano.

Tras haber sobrevivido la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, la humanidad trató de encontrar nuevos medios para prevenir la reiteración de hechos tan trágicos. Con ese fin, se crearon las Naciones Unidas, para garantizar la unidad y la armonía entre las naciones. Como se prevé en la Carta, las Naciones Unidas se fundaron para “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”. En los últimos siete decenios, la Guerra no solo configuró la misión de la Organización; sus lecciones también siguen guiando nuestra labor en el mundo entero. Hoy nos solidarizamos bajo los principios rectores que sustentaron la creación de nuestra Organización, incluidos, entre otros, la no agresión, el arreglo pacífico de controversias y la necesidad de proteger los derechos humanos.

Si bien la Segunda Guerra Mundial causó penurias y sufrimientos indecibles, fue también un momento en que el mundo fue testigo de una valentía extraordinaria. Gracias a los heroicos esfuerzos colectivos de innumerables hombres y mujeres, se logró la victoria frente a la tiranía y el mal. Hoy recordamos y honramos a quienes perdieron la vida como consecuencia del brutal flagelo de la Segunda Guerra Mundial, y rendimos homenaje a aquellos cuya memoria jamás debemos olvidar.

Sr. Churkin (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Han transcurrido cinco años desde que la Asamblea General se reunió para conmemorar el final de la guerra más

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina U-0506 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

15-12980 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



horrenda de la historia de la humanidad y honrar la memoria de sus víctimas (véase A/64/PV.85). Mucho ha ocurrido en estos años, pero la grandeza y la tragedia de los acontecimientos de la Guerra no se han desvanecido y nos alientan a rendir homenaje a quienes impidieron que el mundo se hundiera en un abismo de odio y dolor, a costa de innumerables pérdidas y de un sufrimiento indecible.

Para comenzar, quisiera dar la bienvenida y las gracias a los veteranos que una vez más nos acompañan en este Salón, como lo hicieron hace cinco años. Ellos son los protagonistas de todas las conmemoraciones. En Rusia, aún viven cerca de 200.000 veteranos de la Guerra y, al igual que sus compañeros de armas de otros países, merecen nuestro agradecimiento más sincero y nuestra más firme atención y apoyo.

La lucha del pueblo soviético contra el nazismo, que duró cuatro años, contribuyó de manera decisiva a la victoria común de los Aliados frente a Hitler. Las tres cuartas partes de las fuerzas nazis fueron derrotadas en el Frente Oriental, una contienda épica que el mundo entero siguió con constante atención y esperanza. Sus principales hitos son bien conocidos, a saber, la batalla de Moscú, la primera gran derrota frente a los nazis, y la batalla de Stalingrado, que fue un hito en esta Guerra. Fueron las más sangrientas en la historia del mundo; ambas partes perdieron en total más de 2 millones de efectivos. La batalla de Kursk fue la acción de tanques más importante de la historia, en la que participaron más de 2 millones de hombres, 6.000 tanques y cerca de 5.000 aviones. Esta batalla prácticamente predeterminó el final inevitable de la Guerra.

En marzo de 1944, el Ejército Rojo llegó a la frontera soviética, y el 1 de noviembre el país quedó totalmente liberado. No obstante, esto no derrotó al enemigo por completo. Aún no se había logrado el objetivo de los líderes de los Aliados de una rendición incondicional. Los soldados soviéticos seguían combatiendo para liberar a los numerosos países de Europa que habían sido asolados por los nazis, y aún muchos soldados soviéticos tuvieron que sacrificar su vida en el altar de la victoria. Más de 600.000 de ellos se encuentran en tierra polaca, 140.000 en la República Checa y Eslovaquia, casi el mismo número en Hungría, alrededor de 70.000 en Rumania y 26.000 en Austria. En las afueras de Berlín se libraron batallas sangrientas. Como sabemos, más de 20 millones de ciudadanos de la multinacional Unión Soviética dieron su vida en aras de la victoria sobre el nazismo.

El 2 de mayo de 1945, el Sargento Yegorov y el Sargento Kantaria izaron el estandarte de la victoria en lo

alto del Reichstag. Esa victoria no habría sido posible sin el heroísmo de los que lucharon en muchas otras batallas, grandes y pequeñas; sin el coraje y la fortaleza de los defensores y los residentes de la asediada Leningrado; sin la heroica lucha de los partisanos en los territorios ocupados; y sin el espíritu de sacrificio y los esfuerzos de los que forjaron la victoria en sus respectivos países.

Al hablar de esa victoria, recordamos la valentía de los soldados de las Potencias Aliadas y la hermandad combativa y la cooperación sin precedentes de los Aliados. Mucho antes de que se abriera un segundo frente en Europa, los convoyes comenzaron a cruzar el Ártico para entregar los suministros tan necesarios procedentes de Gran Bretaña y los Estados Unidos de América a los puertos del norte de la Unión Soviética. La historia del escuadrón Normandíe-Niemen de la Fuerza Aérea Francesa es famosa. Constituido en el territorio soviético en 1942, participó en la batalla de Kursk, en la ofensiva bielorrusa y en combates en el este de Prusia. Aún perdura el recuerdo de esos y otros ejemplos heroicos de nuestra lucha conjunta. Por eso existen calles en las ciudades de Rusia que llevan los nombres de los convoyes del Ártico y del Regimiento Normandíe-Niemen, y por ese motivo Stalingrado le ha dado su nombre a calles y plazas en Francia, Bélgica, Italia y otros países. La reunión de efectivos soviéticos y estadounidenses en el Elba pasó a ser un símbolo resplandeciente de esa lucha conjunta y de la victoria compartida. La contribución a la causa común contra el fascismo mediante la cual se obtuvo la fuerza para defender sus ideales ante el peligro moral fue especialmente valiosa.

Sin embargo, la Guerra no se limitó a Europa. En la lucha brutal en el Oriente, China y algunos otros países sufrieron pérdidas muy importantes, y la Guerra continuó allí hasta septiembre de 1945. No debemos olvidar tampoco las batallas que se libraron en el continente africano. En otras palabras, todo el mundo resultó afectado por la Guerra. Se registraron batallas en 40 países. Muchos Estados que no fueron atacados de forma directa se sumaron a la lucha, lo cual fue poco sorprendente considerando todo lo que estaba en juego. Los nazis trataron no solo de expandir su territorio sino también de arrastrar la evolución de toda la civilización humana en su camino de una crueldad estremecedora.

Al leer los horriblos documentos de los nazis observamos que lo que los impulsaba no era solo el odio hacia otros pueblos, sino una maldad calculada y fría que, como es natural, dio lugar a la aplicación de sus teorías de superioridad racial. Comenzando con las leyes discriminatorias y la promoción de la xenofobia,

declararon públicamente que uno de sus objetivos políticos era exterminar a la totalidad de los grupos étnicos, a saber, los judíos, los romaníes y los eslavos. A fin de alcanzar ese objetivo, establecieron toda una red de campos de concentración en Europa en los cuales aplicaron sus tecnologías de una crueldad asesina inimaginable. El campo de exterminio en Auschwitz, liberado por soldados soviéticos, se ha convertido en un símbolo de la perversidad de la deshumanización esencial del nazismo. Solo la victoria, una victoria cuyo septuagésimo aniversario se conmemora precisamente ahora en toda Rusia y en muchos otros países, pudo poner fin a esa bacanal de violencia.

Es evidente que la importancia histórica de la victoria sobre el fascismo no puede tolerar el oportunismo político. Cualquiera sea nuestra interpretación de las peripecias y contratiempos políticos y diplomáticos a finales del decenio de 1930 y a principios del decenio de 1940, el curso posterior de la historia trazó una línea clara entre las fuerzas del bien y las del mal, entre las Potencias Aliadas y las Potencias del Eje. Esa línea fue reforzada en la Carta de las Naciones Unidas y en las decisiones del tribunal de Nuremberg. Los que en la actualidad tratan de justificar e incluso de glorificar a los colaboradores del nazismo no pueden anular el incuestionable veredicto de la historia. No es casual que dichos esfuerzos hayan sido condenados en decenas de oportunidades en las resoluciones pertinentes de la Asamblea General.

Consideramos que el final de la Segunda Guerra Mundial está profundamente vinculado a la creación de las Naciones Unidas, que pasaron a ser el centro de un nuevo sistema de relaciones internacionales. El propio nombre “Naciones Unidas” surgió durante la Guerra, ya que ese fue el nombre que adoptaron las Potencias Aliadas para denominarse a sí mismas. Los decenios posteriores han demostrado que el sistema que se creó no es ideal, pero que puede salvar al mundo de la caída en una nueva catástrofe mundial, ha proporcionado a los Estados una plataforma y los instrumentos para establecer un diálogo en un pie de igualdad en lo que respecta a nuestras cuestiones más apremiantes y resolver controversias. Nuestro deber es reverenciar y preservar esos logros con una actitud cuidadosa y responsable. El precio que se pagó por ellos fue demasiado elevado y hay demasiado en juego para las generaciones futuras.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el observador de la Unión Europea.

Sr. Mayr-Harting (Unión Europea) (*habla en inglés*): Tengo el honor de hablar en nombre de la Unión Europea

y sus Estados miembros. Turquía, Montenegro, Serbia y Albania, países candidatos; Bosnia y Herzegovina, país del Proceso de Estabilización y Asociación y candidato potencial; Liechtenstein, país de la Asociación Europea de Libre Comercio y miembro de la Zona Económica Europea; así como Ucrania, la República de Moldova y Georgia, se adhieren a esta declaración.

Estamos hoy aquí para conmemorar el septuagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial y de la derrota del nazismo. Nos reunimos para manifestar nuestro duelo por los hombres, las mujeres y los niños que, tanto soldados como civiles, perdieron la vida como víctimas de la Guerra. También nos reunimos para no olvidar jamás las horas más sombrías de la historia europea, en las que el totalitarismo, el despotismo, el odio, la intolerancia, el racismo, el antisemitismo y la xenofobia provocaron una conflagración mundial que conllevó un sufrimiento indescriptible para la humanidad por segunda vez en una sola generación.

Nuestro objetivo es hoy recordar a las víctimas inocentes de esa Guerra, pero también recordar los valores básicos que guiaron la creación de nuestra Organización. En ese contexto, no podemos hacer nada mejor que tener presente el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, en el cual manifestamos nuestra resolución

“a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas, a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad”.

Al mismo tiempo, este es también el momento adecuado para expresar nuestra profunda gratitud a los muchos millones de hombres y mujeres de todo el mundo que dieron su vida para que las naciones de Asia, África y Europa pudieran vivir en condiciones de paz, seguridad y respeto de los derechos humanos. Juntos, la Segunda Guerra Mundial y el crimen sin precedentes del Holocausto no solo les costaron a Europa decenas de millones de vidas humanas sino que devastaron grandes zonas del continente; la Guerra también dejó a Europa profundamente dividida durante más de cuatro decenios. Los europeos tuvieron que esperar hasta 1990 la Carta de París para una Nueva Europa a fin de proclamar que “reafirmar que una Europa unida y libre insta a

un nuevo comienzo” y de rendir homenaje a “la valentía de hombres y mujeres” y a la “fuerza de voluntad de los pueblos” que ayudaron a lograrlo.

Ese mensaje también resuena en la declaración aprobada en abril de 2003 al concluir las negociaciones sobre el ingreso a la Unión Europea de diez países de Europa Central, Oriental y Meridional, en la que 25 miembros, nuevos y antiguos, de la Unión Europea subrayaron su voluntad común de “hacer de Europa un continente de democracia, libertad, paz y progreso” y su determinación de

“evitar nuevas líneas divisorias en Europa y promover la estabilidad y la prosperidad dentro y fuera de las nuevas fronteras de la Unión”.

Desde 1990, esa nueva Europa de democracia, paz y unidad de la Carta de París ha sufrido varios reveses muy dolorosos, pero la Unión Europea y sus actuales 28 Estados miembros siguen firmemente comprometidos con esos objetivos. Este aniversario también debe servir para recordarnos nuestro compromiso de abstenernos de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la soberanía de los Estados. El uso de la fuerza y la coacción para cambiar las fronteras reconocidas internacionalmente no tienen cabida. Este aniversario debe llevarnos a redoblar nuestros esfuerzos para solucionar las controversias por medios pacíficos. La Unión Europea y sus Estados miembros están profundamente comprometidos con los principios básicos enunciados en la Carta de las Naciones Unidas, los cuales también están consagrados en los documentos fundamentales de la Unión Europea, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y el Consejo de Europa.

Debemos recordar las causas de la guerra y superar su legado, así como aprovechar los progresos realizados desde el fin de la Segunda Guerra Mundial relativos a la promoción de los valores democráticos, los derechos humanos y las libertades fundamentales. Rendimos homenaje a todos aquellos que lucharon por la paz y la libertad. Su ejemplo debería alentarnos a unirnos, mirar hacia el futuro con esperanza y redoblar nuestros esfuerzos en pro de la paz y el entendimiento. Hoy, los Miembros de las Naciones Unidas deben desempeñar ese papel crucial conjuntamente.

Sr. Mahmadaminov (Tayikistán) (*habla en ruso*): Sr. Presidente: Ante todo, quisiera darle las gracias por haber convocado la solemne sesión de hoy de la Asamblea General en conmemoración de todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

En calidad de representante de los Estados miembros de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), tengo el honor de dar lectura a la declaración de los Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados miembros de la OTSC —la República de Armenia, la República de Belarús, Kazajistán, la República Kirguisa, la Federación de Rusia y la República de Tayikistán— sobre el septuagésimo aniversario de la victoria de la Segunda Guerra Mundial.

“En vísperas del septuagésimo aniversario de la victoria contra el fascismo en la Segunda Guerra Mundial, que tuvo lugar de 1941 a 1945, nosotros, los Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados miembros de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, rendimos homenaje a las decenas de millones de compatriotas nuestros que murieron en los frentes de la Guerra, así como en los combates partidistas, los bombardeos, la ocupación y en los campos de concentración a causa del hambre, el frío y los bloqueos. Rendimos también homenaje a los millones de personas, entre ellos niños, que murieron por esta victoria.

Recordamos lo que se logró hace 70 años y subrayamos que esa victoria únicamente se consiguió gracias a los esfuerzos conjuntos de muchas personas, en aras de la libertad y las oportunidades, para que los pueblos pudieran elegir su propio camino y para el desarrollo. Debemos recordar esa guerra contra la ideología del odio cuando tratemos de neutralizar los nuevos desafíos y amenazas.

La victoria de 1945, por la que se luchó en nombre de los valores generales de toda la humanidad, quedó confirmada nuevamente con la aprobación, el 26 de febrero, a iniciativa de nuestros Estados, de la resolución 69/267, titulada ‘Septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial’. Los Estados miembros de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva rechazan categóricamente y condenan rotundamente cualquier intento de reescribir la historia o de tergiversar y modificar los resultados de la Segunda Guerra Mundial. Consideramos que es inaceptable tratar de glorificar el nazismo o cualquier otro tipo de nacionalismo violento. También rechazamos todo intento cínico de incluir entre las filas de los héroes nacionales a quienes lucharon contra la coalición anti-Hitler durante la Segunda Guerra Mundial o que colaboraron con los nazis. Consideramos que los países que derrotaron el fascismo deben impedir que resurja el neofascismo, el

chovinismo u otras formas de xenofobia, así como que se popularice el nacionalismo radical, en particular entre los jóvenes.

La historia nos ha mostrado el peligro de la intolerancia, la discriminación, el extremismo y el odio por motivos étnicos, raciales y religiosos. Consideramos inaceptables la retención o introducción de nuevas líneas divisorias en unas fronteras ya definidas; los focos de odio, tensiones y enfrentamiento en el mundo, así como la división de este en esferas de influencia, y la injerencia en los asuntos internos de los Estados soberanos. Los Estados deben asumir además la responsabilidad de evitar cualquier tipo de intolerancia o discriminación, y nosotros, en tanto que descendientes de los vencedores, debemos servir de ejemplo a ese respecto. Estamos convencidos de que la solución pacífica de los conflictos, respetando y cumpliendo las normas del derecho internacional y de conformidad con los propósitos y principios de las Naciones Unidas, es la única forma de proteger a las generaciones actuales y futuras del flagelo de nuevas guerras.

En conmemoración de la victoria, señalamos también el inicio de la labor del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, que fue el fundamento jurídico de la derrota definitiva del fascismo. Los juicios de Nuremberg tenían por objeto impedir las guerras, los actos de genocidio, la tortura y otras atrocidades. Instamos a la comunidad internacional a respetar y defender los principios del derecho internacional, que se han convertido en una base inalienable y esencial del actual orden mundial y no deben ser objeto de revisión.

Una de las principales consecuencias de esta gran victoria fue la creación de las Naciones Unidas, que se basan en la filosofía del multilateralismo y de la actuación colectiva y en la creación de mecanismos fiables para garantizar la paz internacional. Creemos que la Carta de las Naciones Unidas sigue siendo la base para las relaciones internacionales. Señalamos la contribución de los pueblos del mundo a la lucha contra el nazismo, e instamos a todos los países a honrar la memoria de las víctimas de la Guerra. A nuestro juicio, debemos apoyar el recuerdo de quienes cayeron durante la Guerra y su conmemoración.

En memoria de quienes murieron mientras luchaban por la libertad y la independencia de nuestros pueblos, y con profunda gratitud hacia los veteranos,

con quienes estamos en deuda, estamos seguros de que el aniversario de la gran victoria pasará a ser un día para celebrar la victoria de la paz y la armonía.”

Sr. Kolga (Estonia) (*habla en inglés*): Tengo el honor de hacer uso de la palabra en nombre de Letonia, Lituania y mi propio país, Estonia. Nos sumamos a la declaración que formuló anteriormente el observador de la Unión Europea.

La sesión de hoy se celebra para recordar a las víctimas inocentes y la pérdida de vidas en la Segunda Guerra Mundial, pero también para ensalzar los valores fundamentales que condujeron a la creación de las Naciones Unidas. Recordando el pasado, tenemos que admitir que, lamentablemente, las consecuencias personales, psicológicas, demográficas, económicas y políticas de la Segunda Guerra Mundial todavía se sienten hoy en día. Asimismo, seguimos siendo muy conscientes de que no son solo las dos Guerras Mundiales las que han causado un sufrimiento indecible a la humanidad en los últimos cien años.

Lamentablemente, nuestros esfuerzos por la paz han fracasado con demasiada frecuencia, y muchas de las crisis y de los conflictos actuales siguen sin resolverse. Este aniversario nos recuerda nuestro compromiso de abstenernos de la amenaza del empleo o el empleo de la fuerza contra la integridad territorial o la soberanía de cualquier Estado. Nos debería también llevar a redoblar nuestros esfuerzos por resolver las controversias por medios pacíficos. Estamos profundamente comprometidos con los principios básicos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas y estamos convencidos de que no hay cabida para el empleo de la fuerza ni la coerción para cambiar las fronteras internacionalmente reconocidas. Las Naciones Unidas se crearon para poner fin a un mundo donde impere la ley de la fuerza. Nosotros, todos nosotros, deberíamos garantizar que los oscuros días de la guerra y la injusticia que siguieron a ese momento no vuelvan a prevalecer jamás.

Si bien conmemoramos sinceramente todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial y rendimos solemne homenaje a todas las mujeres y los hombres en todo el mundo que lucharon por la libertad y la paz, sabemos que la Guerra dejó a Europa profundamente dividida durante más de cuatro décadas. Aunque conmemoramos el fin de las atrocidades cometidas en la Guerra Mundial, hay que recordar también que para muchos países europeos, nuestros tres países entre ellos, el fin de la Segunda Guerra Mundial no nos trajo la libertad, sino la continuación de la opresión y la injusticia y más crímenes

de lesa humanidad. Los Estados del Báltico no pudieron estar entre los fundadores de las Naciones Unidas, puesto que habían sido ocupados primero por los soviéticos, luego por los nazis, y después de nuevo por los efectivos soviéticos. Para los hombres de los Estados del Báltico, la Segunda Guerra Mundial fue sumamente dolorosa porque fueron reclutados por la fuerza en las fuerzas armadas de ambas partes en la batalla.

En el momento de la creación de las Naciones Unidas, Estonia, Letonia y Lituania fueron anexadas ilegalmente a la Unión Soviética y pudieron liberarse solo décadas más tarde. Esta es nuestra historia. No se puede negar ni restársele importancia, y sin duda no se le puede calificar de revisión de la historia. Por lo tanto, al conmemorar a las víctimas de esa Guerra, rendimos también homenaje a las decenas de miles de nuestros compatriotas que sacrificaron sus vidas en la lucha por nuestra independencia después de que la Segunda Guerra Mundial habría terminado oficialmente en Europa. Rendimos homenaje también a todas las víctimas de los regímenes de ocupación nazi y soviético que fueron deportadas y condenadas a morir lejos de sus hogares.

Al recordar que las Naciones Unidas fueron creadas para salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, reafirmar nuestra fe en los derechos humanos fundamentales, crear las condiciones bajo las cuales se puedan mantener la justicia y el respeto de las obligaciones emanadas de los tratados y otras fuentes del derecho internacional, promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de libertad, debemos sentirnos inspirados por todo ello y redoblar nuestros esfuerzos para conseguir la paz y la comprensión en el mundo.

Sra. Mościcka-Dendys (Polonia) (habla en inglés): Casi 70 años han transcurrido desde que terminara la Segunda Guerra Mundial, que fue la guerra más terrible, cruel y sangrienta en la historia de la humanidad. Polonia, mi propio país, fue la primera víctima de la agresión nazi, cuando, el 1 de septiembre de 1939, fuimos invadidos por Alemania, lo que marcó el inicio de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Unos 17 días después de la agresión alemana, contingentes soviéticos invadieron Polonia desde el este, y poco después todo el territorio polaco fue ocupado.

Polonia sufrió lo peor de las particulares formas de locura ideológica tanto de Hitler como de Stalin. El genocidio, el asesinato por motivos políticos, la depuración étnica y la destrucción física fueron parte de la vida cotidiana en la Polonia ocupada. La nuestra fue la región

donde el nazismo y el comunismo soviético comenzaron como aliados y al final se enfrentaron y mostraron su peor rostro. En su libro sobre Europa Oriental, el historiador de Yale Timothy Snyder la llamó la “tierra sangrienta”.

Polonia pagó un elevado precio durante la Segunda Guerra Mundial. Más de 6 millones de ciudadanos polacos, entre ellos 3 millones de judíos polacos, resultaron muertos. Por cada 1.000 ciudadanos polacos, murieron 220. Sufrimos también enormes pérdidas materiales. Por lo menos el 83% de la parte principal de nuestra capital, Varsovia, quedó en ruinas. No hubo una sola familia que no fuera afectada trágicamente por la Guerra, y el fin de la Guerra no nos trajo automáticamente libertad e independencia plenas. Aunque los soldados polacos lucharon en todos los frentes en la Segunda Guerra Mundial, en Noruega, Francia —incluidas las playas de Normandía—, Gran Bretaña, Italia o África Septentrional, no gozaron de la libertad que esperaban obtener para su propio país. Polonia cayó bajo el dominio soviético hasta 1989, cuando por fin recuperamos nuestra plena soberanía.

Hoy es nuestra responsabilidad mantener vivo el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial y sacar lecciones de ella. Debemos recordar que, como en una ocasión dijo Anne Applebaum, una mitad de Europa fue liberada a expensas de esclavizar a la otra mitad durante 50 años. ¿Qué nos enseña esto? ¿Qué lecciones podemos sacar para el futuro? En este Día de Recuerdo, debemos honrar a todas las víctimas de la Guerra y recordar el enorme y trágico sufrimiento y destrucción que trajo a los pueblos de muchos rincones del mundo. Debemos también recordar que las Naciones Unidas se crearon para salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. En los 70 años que han transcurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, se han creado numerosos instrumentos para lograr ese objetivo.

Lamentablemente, no siempre hemos tenido éxito. La trágica guerra de los Balcanes en los años de 1990 nos hizo comprender que Europa, a pesar de su trágico pasado, todavía no estaba libre de la pesadilla de la guerra y el derramamiento de sangre. En 2014, surgió en nuestras puertas otro conflicto dramático, y las Naciones Unidas no han encontrado una respuesta adecuada para mitigar la situación. Afrontamos conflictos en muchas otras partes del mundo: en África, en el Oriente Medio y en otros lugares. Debemos ser decididos y coherentes para actuar de conformidad con los propósitos y los principios de la Carta de las Naciones Unidas. Se lo debemos a los que perdieron la vida luchando por la paz y un futuro mejor.

Sra. Burlacu (Rumania) (*habla en inglés*): Rumania hace suya la declaración formulada por el Jefe de la Delegación de la Unión Europea. Mi delegación quisiera a título nacional formular algunas observaciones adicionales.

El septuagésimo aniversario de las Naciones Unidas nos brinda la oportunidad, y nos obliga, de reflexionar a fondo sobre el pasado y el futuro de nuestra acción común en la palestra internacional. De hecho, es importante rendir homenaje a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

En 1945, Rumania ocupó el cuarto lugar entre los países que aportaron efectivos durante la Segunda Guerra Mundial, después de la Unión Soviética, los Estados Unidos y el Reino Unido. Por consiguiente, poco después del fin de la Guerra, tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos condecoraron al Rey de Rumania, Mihai I, quien aún vive hoy, con las distinciones más altas por el papel que desempeñó para poner fin al enfrentamiento. Nos enorgullece mucho la contribución de Rumania a la victoria final de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial.

Primero, en 1941, Rumania entró en la guerra contra la Unión Soviética para recuperar su integridad territorial perdida. Sin embargo, en agosto de 1944, tras el derrocamiento del régimen de Antonescu, cambió de bando y se sumó a las Potencias Aliadas en la lucha contra Alemania para preservar su integridad territorial. Entre agosto de 1944 y mayo de 1945, Rumania desplegó más de 275.000 soldados en los combates, y liberó numerosas ciudades y aldeas también de Hungría, Checoslovaquia y Austria, con el sacrificio de 170.000 muertos y heridos.

Las Naciones Unidas son una organización que nació de la pérdida y el sufrimiento de millones de personas y de la esperanza compartida de un futuro mejor en el que la dignidad humana y la paz fuesen los valores fundamentales. Esos ideales y el ánimo que inspiró la creación de las Naciones Unidas aún distan mucho materializarse. El resurgimiento de los conflictos en muchas partes del mundo, sobre todo durante los últimos años, principalmente en el Oriente Medio, el aumento de los agentes no estatales motivados por la ideología extremista ejercen una enorme presión sobre el sistema de seguridad internacional.

Si bien queda claro que el panorama de la seguridad ha cambiado radicalmente, es importante hacer hincapié en que la esencia de nuestro sistema de seguridad colectiva es la misma. La obligación de abstenerse de

utilizar la fuerza en las relaciones internacionales es tan válida hoy como lo fue en 1945. La necesidad de una acción común es tan válida hoy como lo fue hace 70 años, y aumenta de manera exponencial debido a la velocidad de la interacción en un mundo globalizado.

Debemos ser conscientes de que si no se abordan las causas profundas de los conflictos —que son políticas, incluidos los aspectos económicos, sociales y, por último pero no menos importante, los aspectos políticos— la comunidad internacional no podrá lograr una paz sostenible. Las crisis reiteradas han demostrado que las intervenciones preventivas no bastan y deben integrarse en un complejo conjunto de medidas a largo plazo. Nuestra visión sobre las condiciones que propician una paz sostenible fue formulada hace mucho tiempo por el distinguido diplomático rumano Nicolae Titulescu, quien fue dos veces Presidente de la Sociedad de las Naciones. Sus reflexiones siguen siendo válidas en la actualidad:

“En primer lugar, los ganadores de la guerra deben olvidar su odio y entender que todos sufren a causa de la guerra... Por tanto, es preciso que todos los pueblos converjan, se vean, conversen unos con otros, para analizar frente a frente sus intereses comunes.”

En cuanto a las causas que generan e intensifican las tensiones internacionales, Titulescu propugnó la idea de que el mundo tiene que revisar no los tratados, sino su propia manera de pensar. En este contexto, y teniendo en cuenta el carácter de las amenazas de hoy, hay que hacer especial hincapié en la educación, sobre todo después de los conflictos o, como es más frecuente ahora, en las zonas liberadas del terrorismo, a fin de impedir nuevas atrocidades en el futuro y permitir la recuperación social. Las Naciones Unidas y sus diversos órganos tienen un papel importante que desempeñar en la aplicación de todos estos conceptos. La participación de la mujer es también clave para acabar con los conflictos y fomentar el desarrollo.

Después de 60 años como Miembro de las Naciones Unidas, Rumania sigue propugnando una visión de paz sostenible basada en un sentimiento compartido de seguridad, el logro de la estabilidad, el fomento de la confianza y, a la vez, el conocimiento mutuo entre las naciones, incluido un análisis cuidadoso de las divergencias y la búsqueda de la manera de abordarlas. Los medios aceptados para resolver los conflictos deben ser exclusivamente de carácter político y jurídico. El espíritu de solidaridad humana debe prevalecer sobre la

fuerza militar. Esta convicción quedó consagrada en la política exterior de Rumania, y promover el estado de derecho en las relaciones internacionales ha sido la línea de acción constante en la política exterior de Rumania.

Conmemoraciones como esta deparan la ocasión de reflexionar sobre las lecciones aprendidas, en especial las más dolorosas. Hay que tener especialmente en cuenta el Holocausto; seguimos comprometidos a honrar la memoria de sus víctimas y condenamos enérgicamente toda tentativa de tergiversarla o denegarla, así como a luchar contra el antisemitismo, la discriminación racial, la xenofobia y las formas conexas de intolerancia. También con respecto a las lecciones aprendidas, Rumania se enorgullece de su política de inclusión.

Para concluir, debemos reflexionar sobre las palabras del segundo Secretario General, el fallecido Dag Hammarskjöld: “Las Naciones Unidas no se crearon para llevar a la humanidad al cielo, sino para salvarla del infierno”. Todos debemos reconocer la ingente labor que las Naciones Unidas han realizado desde su creación, así como las enormes tareas que tenemos por delante. La mejor manera en que nosotros, las Naciones Unidas, podemos rendir homenaje de consuno a las víctimas es actuar con determinación para hacer realidad los ideales por los que millones de personas ofrendaron la vida.

Sra. Power (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Hace hoy 70 años, el 5 de mayo de 1945, los soldados de la Undécima División Blindada del Ejército de los Estados Unidos liberaron el campo de concentración nazi de Mauthausen. Se calcula que cerca de 200.000 prisioneros ingresaron en Mauthausen desde 1938, entre ellos, judíos, romaníes, republicanos españoles, comunistas y miembros de las brigadas internacionales de Checoslovaquia, Polonia y otros países. Alrededor de la mitad de los prisioneros, es decir, 100.000 hombres, mujeres y niños, fueron fusilados, ahorcados, torturados, sometidos a la hambruna o asesinados con gas en una cámara que simulaba ser una ducha comunal. En la puerta de la cámara había una pequeña ventana, a través de la cual los oficiales nazis que llegaban de visita presenciaban las ejecuciones con gas.

Las SS aceleraron las matanzas a medida que se acercaban los liberadores. El 20 de abril, 3.000 prisioneros de la enfermería de Mauthausen fueron marcados para su posterior ejecución. La cámara de gas del campo se utilizó por última vez el 28 de abril. Los soldados estadounidenses encontraron a las últimas víctimas de la cámara aún vestidas; los verdugos, al parecer, no tenían motivo para seguir simulando que la cámara era una ducha.

Por supuesto, los horrores de la Segunda Guerra Mundial se manifestaron de muchas formas además de los campos de concentración. Tatyana Savicheva tenía apenas 11 años cuando comenzó el sitio de Leningrado. Vivía con su madre y tres hermanos, y mantuvo un diario de sus experiencias, que finalmente quemó para generar calor. Pero conservó otro pequeño diario, cuyos párrafos rezan como sigue:

“Zhenya murió el 28 de diciembre de 1941 a las 12.00 horas. Abuelita murió el 25 de enero de 1942 a las 15.00 horas. Leka murió el 17 de marzo de 1942 a las 5.00 horas. Tío Vasya murió el 13 de abril de 1942, a las 2.00 horas, después de la medianoche. Tío Lesha murió el 10 de mayo de 1942 a las 16.00 horas. Mamá murió el 13 de mayo de 1942 a las 7.30 horas. Savichevs murió. Todos murieron. Solo quedó Tanya.”

Los familiares de Tatyana se encontraban entre unos 800.000 rusos —800.000— que murieron de hambre durante el sitio de Leningrado. Tatyana fue rescatada en 1942, pero nunca recuperó la salud. Ella murió también, el 1 de julio de 1944. Tenía 14 años. Hoy, cuando nos reunimos para conmemorar el fin de la Segunda Guerra Mundial, la magnitud de las pérdidas es tan incomprensible como siempre. Y los detalles siguen acechándonos. Consideremos que, por cada residente de Dresde, había 42,8 metros cúbicos de escombros. O pensemos en los “olores perturbadores” que surgían de los sótanos y de los escombros con el aumento de las temperaturas del invierno a la primavera en Varsovia, un período en el que un periodista escribió: “nadie [...] tiene el consuelo de pensar que el cuarto de millón de muertos en Varsovia fueron sepultados debidamente”.

Al rendir homenaje a las decenas de millones de personas que murieron en la guerra, entre ellos más 400.000 estadounidenses, debemos recordar por qué ofrendaron la vida. Debemos recordar por qué los Aliados lucharon para liberar los campos de exterminio como Mauthausen; y por qué niños como Tatyana, de 11 años de edad, ayudaron a cavar trincheras para defender su ciudad sitiada de Leningrado. Lucharon porque, como dijo Winston Churchill con tanta elocuencia en septiembre de 1939, poco después de que los nazis invadieran Polonia:

“No se trata de luchar por Danzig [...] Estamos luchando para salvar el mundo entero de la pestilencia de la tiranía nazi y en defensa de todo lo que es más sagrado para el hombre [...] Es una guerra [...] para establecer, en rocas inexpugnables, los derechos de las personas, y es una guerra para establecer y revivir la dignidad del hombre.”

Con innumerables actos de valentía y sacrificio, algunos documentados, y en su mayoría de los que nunca sabremos, lograron defender y, a la postre, revivir la dignidad de los hombres y las mujeres.

Son el motivo por el que estamos hoy aquí y por el que existen las Naciones Unidas. La idea de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana, como se confirmó en la Declaración Universal de Derechos Humanos, es una de esas rocas invulnerables en las que se basa nuestro orden mundial, al igual que el sistema de justicia internacional que hoy contribuye a que los dictadores y los caudillos de la guerra respondan por sus acciones, lo cual se concibió por primera vez en Nuremberg.

Sin embargo, para honrar verdaderamente su sacrificio, debemos hacer más que recordarlos; tenemos que preguntarnos siempre si estamos esforzándonos lo suficiente por defender los principios por los que ellos lucharon; lo suficiente como para garantizar que los derechos que ellos afirmaron no existan solo en el papel. Esos principios son ridiculizados por los Gobiernos que lanzan bombas de barril y arrojan gases contra su propio pueblo e imponen el hambre como arma de guerra, como sigue haciéndolo el régimen de Al-Assad. Y se ven debilitados por regímenes que mantienen a 100.000 de sus ciudadanos en campamentos de reclusión haciéndolos trabajar hasta que mueren y forzando a los niños a mirar la ejecución de sus padres, como en la actualidad sucede en Corea del Norte.

Millones de personas entregaron su vida porque tenían la convicción de que en nuestro mundo no tenían cabida crímenes como estos. Admiramos su sacrificio y les debemos a ellos, a nosotros y a las futuras generaciones estar a la altura de los principios por los que lucharon.

Sr. Liu Jieyi (China) (*habla en chino*): La delegación de China acoge con beneplácito la convocación de esta sesión extraordinaria de la Asamblea General en la que se conmemora el septuagésimo aniversario de la victoria contra el fascismo. En esta importante ocasión, recordamos profundamente a las víctimas inocentes de la guerra y rendimos el máximo homenaje a los valientes mártires que sacrificaron su valiosa vida en aras de la victoria del mundo sobre el fascismo y en favor de la paz mundial, la civilización y el progreso del ser humano.

La Segunda Guerra Mundial es una página sombría de la historia de la humanidad. Como se señaló en la resolución 69/267 de la Asamblea General, aprobada en febrero de 2015, la Segunda Guerra Mundial causó sufrimientos indescriptibles en Asia, Europa, África, el

Pacífico y otros lugares del mundo. La guerra provocó estragos sin precedentes a la civilización humana. Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial fue también una gran guerra en la historia de la humanidad, en la que la justicia derrotó al mal, la luz a la oscuridad y los progresistas derrotaron a los reaccionarios. Todas las naciones amantes de la paz formaron una coalición mundial en contra del fascismo mediante una lucha ardua y valerosa, lograron triunfar en la guerra contra el fascismo y dejaron consecuencias profundas y duraderas para la civilización y el avance de la humanidad.

Al conmemorar el septuagésimo aniversario de la victoria en la guerra mundial contra el fascismo y de la creación de las Naciones Unidas, la comunidad internacional celebrará una serie de actividades conmemorativas. El Gobierno de China realizará actividades en conmemoración del septuagésimo aniversario de la victoria de la guerra de resistencia del pueblo de China contra el Japón y la del mundo contra el fascismo.

La guerra china contra el Japón formó parte de la guerra antifascista. Como principal campo de batalla en Oriente de la lucha mundial contra el fascismo, la guerra en China fue la que comenzó antes y la que duró más, y en el proceso el pueblo chino realizó un enorme sacrificio nacional: según las estadísticas incompletas, la cifra de muertos entre la población china, incluidos militares y civiles, totalizó más de 35 millones. En valores de 1937, las pérdidas económicas directas fueron más de 100.000 millones de dólares y las indirectas ascendieron a 500.000 millones de dólares.

La guerra de resistencia de China contra el Japón colaboró con los esfuerzos de las Potencias Aliadas y respaldó la acción en los campos de batalla de Europa y el Pacífico. Por consiguiente, fueron de importancia estratégica. En el proceso de la guerra de resistencia de China contra el Japón, las Potencias Aliadas del mundo —la Unión Soviética, los Estados Unidos, el Reino Unido y Francia y la coalición contra el fascismo— proporcionaron un valioso apoyo material y humano al pueblo chino. Los combatientes contra el fascismo en Corea, Viet Nam, el Canadá, la India, Nueva Zelandia, Polonia, Dinamarca e incluso Alemania, Austria, Rumania, Bulgaria y el Japón participaron directamente en la guerra de resistencia de China contra el Japón. El pueblo chino nunca olvidará a los países y a los amigos internacionales que contribuyeron desde un punto de vista moral y material a la guerra de resistencia del pueblo chino contra el Japón. No olvidaremos jamás a los amigos extranjeros que prestaron apoyo a los refugiados chinos después de la matanza de Nanjing y de otras tragedias. Jamás olvidaremos a los

mártires voluntarios de varios países que sacrificaron la vida en el campo de batalla de China.

La victoria en la guerra mundial contra el fascismo se logró mediante un gran sacrificio realizado por los pueblos del mundo, incluido el pueblo de China. Esa guerra debería constituir una enseñanza importante para los pueblos del mundo en el sentido de que el pasado debe ser recordado, no olvidado, como orientación para el futuro. La historia no debería ser olvidada; olvidar la historia equivale a una traición. Todas las palabras y hechos que traten de suavizar, negar o glorificar la historia de agresión no serán tolerados por ningún pueblo o país, incluidos los que padecieron la Segunda Guerra Mundial. La comunidad internacional debe estar muy atenta a ese tipo de palabras o hechos. Recalcamos que la historia no debe perpetuar el odio, sino llevar a las personas a respetar y preservar la paz. Solamente recordando los sufrimientos causados por la Guerra podremos valorar la paz; únicamente recordando la historia podremos preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, según se propugna en la Carta de las Naciones Unidas.

En los últimos 70 años, el mundo ha atravesado cambios profundos. La historia ha modificado el destino de la humanidad; la paz, la cooperación para el desarrollo y una época que beneficia a todos se ha abierto ante nosotros. La configuración de fuerzas internacionales favorece la paz y el desarrollo. Se han creado unas condiciones más favorables para la estabilidad general en la situación internacional y para la promoción del desarrollo conjunto. China está dispuesta a trabajar con todos los Miembros de las Naciones Unidas para hacer balance de la situación mundial general, seguir las tendencias generales de estos tiempos, así como atenerse a los principios del respeto mutuo y la igualdad, el desarrollo conjunto con espíritu de cooperación a fin de llegar a una situación que redunde en beneficio de todos, una doctrina de seguridad conjunta, integrada, cooperativa y sostenible y tolerancia cultural, inclusividad, intercambios y polinización cruzada, con miras a forjar de consuno un nuevo tipo de relaciones internacionales según el principio de beneficio para todos a fin de promover el futuro común de la humanidad y prestar un mejor servicio al pueblo.

Sr. Dapkiunas (Belarús) (*habla en ruso*): Hace 70 años, el 25 de abril de 1945, dos semanas antes de la firma del acta de Karlshorst sobre la rendición incondicional del régimen fascista y el fin de la Guerra en Europa, ocurrieron dos acontecimientos casi simultáneamente en dos rincones del mundo muy alejados entre sí cuyas consecuencias más profundas, lamentablemente, no se han llegado a comprender ni reconocer del todo, ni siquiera hoy.

Ese día de primavera, no muy lejos de la ciudad de Torgau, en el río Elba, tropas del Ejército Rojo se reunieron con tropas de los Estados Unidos. Como resultado de ese encuentro, que se ha convertido en un símbolo de la fraternidad de los Aliados, lo que quedaba del territorio del régimen nazi se dividió en dos partes. Ese mismo día, a miles de kilómetros de la Europa devastada por la guerra, en San Francisco, los representantes de 50 países, entre ellos Belarús, se reunieron en la conferencia que sentó las bases de las Naciones Unidas. Por voluntad del Cielo, el espíritu del Elba y el espíritu de las Naciones Unidas nacieron y se conformaron el mismo día. Esos dos acontecimientos fueron el presagio de una nueva esperanza para la humanidad.

Lamentablemente, dichos acontecimientos no marcaron el advenimiento de una era de cooperación y confianza. La Guerra Fría y el Telón de Acero no solo dividieron el continente europeo sino que durante largos decenios definieron la lógica del enfrentamiento y la disuasión mutua como imperativo predominante de la política mundial, un imperativo que, no obstante, no impidió la caída del Telón de Acero ni el fin de la Guerra Fría.

Hoy creemos que la única modalidad posible de sociedad humana es aquella en la que unos ganan y otros pierden, y donde la dominación y la opresión de los débiles y el silenciamiento de las voces disidentes por parte de los fuertes son una fuerza impulsora natural de la historia.

En los últimos decenios, hemos oído discursos más escépticos que cuestionan por qué el mundo de hoy debe recordar lo que aprendimos de la Segunda Guerra mundial. Sí, fue una tragedia, sí, las víctimas sufrieron, pero el mundo ha cambiado a lo largo de los decenios y se ha avanzado en su desarrollo. ¿No es hora ya de pasar página en la historia y de desprendernos de las ideas anticuadas?

No, no ha llegado la hora, y nunca llegará, porque el último día de la memoria humana viviente de esa catástrofe mundial será el primer día de lo que realmente será la última guerra mundial. En un mundo lleno de armas nucleares, no puede ser de otra manera.

Entonces, ¿por qué necesitamos esta memoria viva de la Guerra? ¿Por qué necesitamos saber que para los cientos de millones de personas que se asentaron y que todavía viven en el territorio de la ex Unión Soviética, la abreviatura “SS” siempre se asociará con la crueldad, el genocidio y la muerte?

¿Por qué es ofensivo no constatar la verdadera contribución de la Unión Soviética a la victoria sobre el fascismo o, al menos, reconocer de qué parte luchó el Ejército Rojo en la Guerra?

¿Por qué todo el mundo debe conocer Khatyn y Trostenets, Oradour y Babi Yar, Auschwitz y Lidice? ¿Por qué deben conocer las circunstancias y la historia de estas tragedias, que tanto han marcado a la humanidad?

Su conocimiento y su recuerdo no solo son nuestra deuda humana y moral con las decenas de millones de víctimas de la Guerra y con los que encontraron la fortaleza y el valor para resistir a los nazis; también es un gesto de gratitud y respeto por el heroísmo de quienes dieron su vida para detener la instauración de un nuevo orden mundial basado en el odio racial, el nacionalismo militante y la intolerancia.

Como muy bien dijo una vez un poeta: “No son los muertos quienes lo necesitan, también son los vivos”.

Debemos recordar las lecciones de la Segunda Guerra Mundial por el bien de nuestro propio futuro. Quienes olvidan las lecciones de la historia están condenados a repetirla.

Mientras los Estados consideren seriamente la posibilidad de adoptar unas estrategias basadas en el derecho de ciertas naciones elegidas a dominar el mundo o una región y transformar el entorno de acuerdo con sus propios ideales subjetivos, y mientras los llamamientos a favor del reconocimiento de la diversidad y de las medidas para avanzar hacia el desarrollo progresivo de la sociedad sigan siendo solo voces que claman en el desierto, no será posible entender la fragilidad de nuestro mundo social y de la imprevisibilidad de cualquier transformación violenta de la sociedad. Mientras la moderación, la voluntad de escuchar, la tolerancia y la compasión sigan considerándose muestras de debilidad en la política internacional, y se elogien la amenaza del uso de la fuerza, las presiones, el chantaje y las sanciones, y mientras existan las estrategias políticas y militares en las que se prevé el empleo de las armas nucleares, no podemos creer y no tenemos derecho a creer que se han comprendido correctamente las lecciones de la Segunda Guerra Mundial.

Al entrar hoy al Salón de la Asamblea General, puede que los asistentes hayan visto en la planta baja la parte principal de la exposición fotográfica organizada por ocho países hermanos en memoria de los héroes y las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. El título de la exposición, “La última guerra mundial: Recordemos para la Paz”, no solo refleja una esperanza ingenua o un enfoque puramente artístico, sino que también representa el sufrimiento y transmite un mensaje a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas que, mediante sus medidas prácticas, su apertura y sus acercamientos

entre ellos, entre otros lugares, en las Naciones Unidas, y aprovechando las oportunidades concretas que brindará la cumbre de las Naciones Unidas que se celebrará en septiembre, se puede reactivar el espíritu inicial de las Naciones Unidas y del Elba.

Sr. Rycroft (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Este fin de semana, los países de todo el mundo se detendrán y llorarán a los millones de hombres, mujeres y niños inocentes que perdieron la vida en la Segunda Guerra Mundial. Los recordaremos independientemente de la bandera que siguieron, y de si fueron civiles o soldados.

En nuestro recuerdo, también celebraremos el heroísmo y la extraordinaria valentía de nuestros veteranos que liberaron Europa y pusieron fin a casi seis años de conflicto. En el Reino Unido, repicarán las campanas y se encenderán faros en conmemoración suya, al igual que hace siete decenios.

Nunca olvidaremos los sacrificios que hicieron y el servicio que rindieron los hombres y mujeres que ayudaron a derrotar el fascismo. Y tampoco olvidaremos la valentía de nuestros aliados, entre los cuales había 8 millones de ciudadanos del Commonwealth, que lucharon junto a nosotros.

En este septuagésimo aniversario de las Naciones Unidas, no olvidemos jamás la primera línea de la Carta de las Naciones Unidas, nuestra promesa de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”.

La Segunda Guerra Mundial nos mostró el lado más oscuro de la humanidad. Redefinió nuestra comprensión del antisemitismo, del racismo y de la intolerancia. Muchos de quienes perpetraron esos horribles crímenes siguen incluso hoy compareciendo ante la justicia. Sin embargo, desde las cenizas del conflicto surgió una Organización dedicada a promover lo mejor de la humanidad: una Organización comprometida con los derechos humanos fundamentales, con la dignidad y la igualdad entre los hombres y las mujeres y con la preservación de la paz y la seguridad internacionales. Al escuchar las palabras recogidas en la Carta de las Naciones Unidas, recordemos todos el precio que pagó el mundo para compartir esos valores comunes. Al recordar hoy ese terrible costo, debemos cobrar nuevo impulso para proteger y preservar nuestros valores de las amenazas que afrontan.

Winston Churchill dijo que el gobernante que recurre al conflicto deja de ser señor de la política para convertirse en esclavo de acontecimientos imprevisibles e

incontrolables. Hemos visto surgir esos acontecimientos de maneras anteriormente inimaginables mediante la brutalidad de Al-Assad y el surgimiento de grupos como el Estado Islámico del Iraq y el Levante. De hecho, es triste darse cuenta de que los ataques aéreos del régimen contra la población siria han continuado durante más tiempo que el Blitz de Londres de la Segunda Guerra Mundial.

En medio de esas nuevas amenazas a la paz y a la seguridad internacionales, los desafíos a la integridad territorial y la soberanía de los Estados continúan como hace 70 años. Debemos encomiar la paz y la prosperidad que la Unión Europea ha ayudado a promover durante las décadas transcurridas. Sin embargo, debemos también reconocer que en sus fronteras continúa la flagrante violación de la soberanía, la cual ha generado violencia e inestabilidad en toda la región europea.

Como Miembros de las Naciones Unidas, nos incumbe a todos estar a la altura de los valores consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. En los últimos 70 años, ha habido momentos en que todos los Miembros han incumplido ese objetivo. Al conmemorar a los que sacrificaron la vida en la Segunda Guerra Mundial, debemos basarnos en la fortaleza, la decisión y la unidad de propósito que demostraron para llevar la libertad a Europa. Para ello, asegurémonos de que las Naciones Unidas sigan siendo un legado idóneo a su sacrificio.

Sr. Abdrakhmanov (Kazajstán) (*habla en inglés*): Hoy celebramos un hito importante en la historia moderna: el septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Felicito a todos los representantes con ocasión del septuagésimo aniversario de nuestra victoria sobre el fascismo. Hoy, recordamos y rendimos homenaje a lo que pueden lograr la decisión y la valentía frente a la mayor de las adversidades. Esa victoria simboliza nuestra unidad colectiva en la búsqueda de la paz frente a las fuerzas de conflicto y hostilidad. Esa victoria común representa también los más elevados principios de libertad y de armonía frente a la intolerancia, la discriminación y el genocidio. Esos valores unieron firmemente a la Unión Soviética, a los Estados Unidos, a China, a Gran Bretaña, a Francia y a muchos otros países que defendieron la verdad y la unidad del género humano.

Esa etapa oscura de la historia fue testigo de cómo millones de personas fueron asesinadas en todo el mundo, incluidos millones de civiles de más de 60 países quienes padecieron un horrible sufrimiento, juicios injustos, violencia, humillación y miedo.

Algunas de las declaraciones anteriores formuladas por mis colegas también me llevaron a entender un poco

la historia de amor que ocurrió en mi propia familia Abdrakhmanov. Ocurrió durante el estado de sitio de Leningrado, el cual mencionó la Embajadora de los Estados Unidos. Fue allí defendiendo una de las ciudades más hermosas del mundo que mi tío Esmurat, oficial del ejército soviético, conoció a una mujer rusa no menos bonita con el nombre igualmente precioso de Anastasia. Prestaron juntos servicios en el ejército, se casaron, con el tiempo se desmovilizaron del Ejército Rojo. Luego regresaron a Kazajstán, donde vivieron felices a principios de los años de 1940 con sus tres hijas en una familia grande. Se marcharon de Kazajstán a mediados de los años de 1990 por motivos familiares, y ahora descansan en paz en la ciudad rusa de Kaliningrado, en el Mar Báltico.

El hermano mayor de mi tío —mi padre, Kudaigbergen— prestó servicios en el Ejército Rojo de 1939 a 1946. Sobrevivió. Ahora bien, al rendir homenaje a él y a los demás soldados que lucharon valientemente en el campo de batalla, hoy también lloramos y honramos la memoria de los que dieron la vida, muriendo como prisioneros en los campos de concentración o como víctimas colaterales, entre ellos el martirologio de mujeres, niños y ancianos. Al final de la Guerra, más de 20 millones de personas de la sociedad soviética multiétnica y pluriconfesional habían muerto. De los 6,2 millones de ciudadanos de Kazajstán, aproximadamente 1,7 millones, o el 27% de la población, lucharon también en la batalla contra el fascismo. El 44% de ellos murió, lo que asciende a más de 600.000 personas.

Las guerras no solo se libran en la línea del frente y en las trincheras, millones de personas apoyaron también los esfuerzos de la guerra entre bastidores con el mismo heroísmo de nuestros soldados. Agradecemos profundamente a los que apoyaron desde casa: ancianos, mujeres y niños, a los que caían víctimas del cansancio y el agotamiento. Según las estadísticas, por cada soldado en la línea del frente, de cinco a ocho personas trabajaron como héroes olvidados y desconocidos. Más de 700.000 ciudadanos de Kazajstán formaron regimientos durante la Guerra, que requirieron una gran densidad de mano de obra. En otras palabras, uno de cada cuatro ciudadanos en mi república contribuyó a la construcción de instalaciones de defensa o trabajó en fábricas relacionadas con la guerra y centrales energéticas.

Presento esas estadísticas no para formular una declaración dramática a fin de impresionar a la Asamblea, sino más bien para señalar a la atención nuestra historia común y fomentar un entendimiento entre todos nosotros. Todos los países en el mundo afectados por la Segunda Guerra Mundial sufrieron pérdidas

irreparables, y el dolor asoló a todas las familias. Esas cicatrices y heridas persisten hoy por la pérdida de millones de seres queridos, a los que se les llora profundamente. Los sacrificios de nuestros hombres y mujeres exigen que les rindamos nuestro más elevado homenaje. Sirven de inspiración a las generaciones futuras para que sigan por la senda de la paz. Sus tragedias son un recordatorio solemne de que contribuir a la violencia, o hasta la indiferencia o incitarla, puede llevar inevitablemente a tragedias indescifrables y horrorosas de una magnitud mundial. Ese no es el rumbo que debemos tomar en el siglo XXI a pesar de las verdaderas amenazas que afrontamos hoy. Esa experiencia debería llevarnos a evitar que se repita la Guerra Fría o los desgarradores conflictos que presenciamos en todo el mundo.

Hay que buscar y defender un orden mundial basado en la seguridad y la justicia. Eso es a lo que llamamos en las Naciones Unidas la nueva agenda de transformación social después de 2015, teniendo en cuenta el concepto primordial de una cultura de paz y las nuevas formas de relaciones bilaterales y multilaterales.

Una vez más, felicito a todos los representantes con ocasión del aniversario de esta gran victoria.

Sr. Prosor (Israel) (*habla en inglés*): En primer lugar, agradezco al Embajador Dapkiunas y al Gobierno de Belarús la ceremonia especial de plantación de un árbol que tuvo lugar más temprano.

Hace 75 años, en los umbrales de la Segunda Guerra Mundial, Europa estaba atrapada en las garras de la tiranía. El Reich de Hitler ya había conquistado enormes zonas de Europa y la sombra de la opresión crecía día a día a medida que los nazis sometían, destruían y exterminaban a cualquiera que consideraran diferente e inferior. Con el avance de los ejércitos del fascismo, las fuerzas aliadas supieron que no tenían otra alternativa que liberar a Europa de las garras de la tiranía. La historia y las circunstancias pidieron valor y una generación de hombres y mujeres respondió al llamamiento.

Para parafrasear a Winston Churchill, lucharon en las playas, lucharon en los lugares de aterrizaje, lucharon en los campos y en las calles, lucharon en las colinas; nunca se rindieron. Debemos nuestra libertad al valor y la decisión de los ejércitos aliados —los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética, el Canadá, Francia y otros países— que lucharon para restaurar la libertad en Europa. Las naciones que se unieron para derrotar a los nazis no siempre estuvieron de acuerdo, pero a pesar de sus diferencias políticas sabían que el mal debía ser detenido.

Las pérdidas fueron inmensas; solo los rusos perdieron más de 20 millones de personas. Fue terrible el precio que hubo que pagar. Se levantaron contra las fuerzas de la naturaleza, se levantaron contra la naturaleza humana malvada de los nazis. El pueblo de Israel jamás olvidará la valentía del pueblo ruso y los sacrificios que hizo.

Hoy rendimos homenaje a todos aquellos que hicieron posible la victoria. Algunos de ellos —los veteranos— están hoy con nosotros. También lamentamos las decenas de millones de víctimas de las más tenebrosas horas de la historia.

Para Israel y el pueblo judío, la Segunda Guerra Mundial es sinónimo del Holocausto. Las familias fueron separadas, se destruyeron comunidades pujantes y un tercio del pueblo judío —con inclusión de un millón de niños— fue asesinado. Aún nos atormenta la devastación. Los números tatuados en los brazos de nuestros padres y abuelos son un recordatorio permanente de los horrores que sufrieron en una época en la que una persona era un número antes que el padre, el hermano o el hijo de alguien.

El paso del tiempo amenaza ahora con nublar la memoria del mundo. Con cada año que transcurre, disminuye la cantidad de supervivientes, veteranos y testigos que queda para relatar sus experiencias de primera mano. Por lo tanto, nos incumbe la responsabilidad de asegurar que las lecciones de la historia se transmitan a las generaciones futuras.

La libertad se encuentra bajo ataque una vez más. Los islamistas radicales que avanzan por el Oriente Medio y el norte de África están tan decididos y son tan peligrosos como las fuerzas nazis que avanzaron por Europa.

Hace 75 años, hombres, mujeres y niños fueron acorralados y asesinados debido a lo que creían, de dónde provenían, cómo lucían y a quién amaban. Los mismos crímenes están ocurriendo en el Oriente Medio. Se silencia a los activistas y oponentes políticos, se cuelga a los homosexuales y se decapita a los cristianos.

No nos equivoquemos: el mal está vivo y goza de buena salud, y no solo en el Oriente Medio. En el corazón de la Europa civilizada, puede escucharse a turbas enfurecidas cantando “Los judíos a las cámaras de gas”, se arrojan bombas incendiarias contra las sinagogas, los hombres jóvenes temen caminar por la calle usando un kipá y una tienda de comestibles kosher es blanco de un ataque.

El aviso está dado. El ex Primer Ministro israelí Me-nachem Begin dijo una vez: “Si un enemigo dice que procura destruirte, créele. No dudes de él ni por un momento”.

La historia nos ha enseñado que las vidas judías nunca podrán ser confiadas a otro pueblo u otra nación. Siempre debemos ser capaces de defendernos por nuestra propia cuenta. El Estado de Israel es el cumplimiento de esa promesa. Nunca más. Nunca más los judíos serán acorralados como ganado y llevados a la muerte. Nunca más el mundo pensará que los judíos pueden ser tomados como objetivos con impunidad.

Conocemos la maldad de la que el hombre es capaz y sabemos que por algunas cosas vale la pena luchar. La libertad es algo por lo que vale la pena luchar. La igualdad es algo por lo que vale la pena luchar. La democracia es algo por lo que vale la pena luchar.

Hace 70 años, una generación de hombres y mujeres se sacrificó en la guerra para que pudiésemos heredar libertad, igualdad y democracia. No podemos permitir que esos sacrificios se hayan hecho en vano. Con valor y convicción, debemos luchar ahora por los ideales por los cuales ellos vivieron y murieron.

El General Douglas MacArthur dijo una vez:

“Hemos conocido la amargura de la derrota y la exaltación del triunfo, y de ambas cosas hemos aprendido que no puede haber vuelta atrás. Debemos avanzar para preservar en paz lo que ganamos en guerra.”

Ha llegado el momento de que nos unamos en el propósito, nos unamos en el valor y nos unamos como naciones, a fin de que podamos transmitir a nuestros hijos y nietos los dones de la libertad, la igualdad y la democracia.

Sr. Samvelian (Armenia) (*habla en inglés*): En esta sesión solemne, represento a un Estado cuyo pueblo sufrió una de las mayores pérdidas durante la Gran Guerra Patria e hizo una contribución fundamental a la obtención de una gran victoria por medio de un enorme y heroico sacrificio. Creemos que tenemos la obligación común de preservar cuidadosamente su legado y hacer todo lo que podamos para que los países y los pueblos por igual aprendan las lecciones de la Segunda Guerra Mundial e impidan nuevas amenazas.

Al comienzo de la Guerra, Armenia tenía una población de menos de 1,5 millones de personas. Aproximadamente 500.000 armenios sirvieron en la guerra y casi la mitad de ellos sacrificó la vida en aras de la libertad. Como una de las 15 repúblicas de la Unión Soviética, Armenia hizo su aporte durante la guerra, ayudando a asegurar la victoria contra la Alemania nazi y sus aliados.

Los años de la guerra fueron una época dura, heroica y valiente en la vida de la república y de todo el país. Durante la Guerra, una gran cantidad de oficiales armenios alcanzó posiciones superiores en el comando del Ejército Rojo, con inclusión de alrededor de 60 generales. Cuatro de ellos terminaron sus carreras militares como mariscales, el más alto rango militar de la Unión Soviética. Esas estadísticas convierten a los armenios, a pesar de su cantidad relativamente pequeña, en el cuarto grupo étnico más representado en posiciones superiores de las fuerzas armadas soviéticas, solo detrás de los correspondientes a Rusia, Ucrania y Belarús.

En total, alrededor de 70.000 soldados armenios recibieron diversas medallas y fueron condecorados por su valentía y servicio durante la guerra. Los ciudadanos armenios también tuvieron activa participación en los grupos de resistencia, mejor conocidos como movimiento partisano, que operaban detrás de las líneas del frente, no solo en territorio soviético sino en otros escenarios de guerra, con inclusión de Francia, los Países Bajos, Italia, Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria y Grecia. En su mayor parte, los partisanos armenios fueron prisioneros de guerra soviéticos que habían escapado de sus captores nazis.

La enorme mayoría de armenios en la diáspora, principalmente supervivientes o descendientes de supervivientes del genocidio armenio, también apoyó los esfuerzos aliados en la guerra. La comunidad armenia de los Estados Unidos, que en este momento asciende a entre 150.000 y 200.000, aportó más de 18.000 hombres y mujeres jóvenes que lucharon en el ejército de los Estados Unidos. Miles de armenios lucharon bajo la bandera tricolor de Francia. Missak Manouchian, un combatiente de la resistencia armenia, fue capturado y ejecutado por los nazis en 1944. Junto con más de 20 miembros de su célula, sigue siendo una figura muy respetada en la historia francesa moderna. Las comunidades armenias en el Oriente Medio y Occidente donaron una considerable cantidad de dinero al Gobierno soviético para ayudar a construir tanques para el Ejército Rojo. Esos tanques fueron bautizados con los nombres de David de Sasún, el héroe de una epopeya medieval armenia, y el General —después Mariscal— Hovhannes Bagramyan, el oficial armenio de mayor rango en el Ejército Rojo en ese momento. Los héroes de la Segunda Guerra Mundial siguen siendo caros a los corazones de los armenios. Ellos salvaron al país y a la paz.

Por último, es fundamental preservar y respetar la memoria de las víctimas de una de las páginas más oscuras de nuestra historia común. En su preámbulo,

la Carta de las Naciones Unidas declara que nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, estamos resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles.

Debemos superar el legado de la guerra, el genocidio y otros crímenes de lesa humanidad y construir sobre la base de la cooperación y el entendimiento en la promoción de los valores democráticos y el respeto por las libertades fundamentales. Instamos a los Miembros de las Naciones Unidas a renovar su compromiso de estudiar las lecciones del pasado y adherirse a la solución pacífica de los conflictos y las controversias en todo el mundo. Ese compromiso es el mejor modo de rendir homenaje a aquellos que lucharon por la libertad.

Sr. Braun (Alemania) (*habla en inglés*): Como hemos escuchado hoy en forma reiterada, cuando las armas se acallaron en Europa en mayo de 1945 —hace 70 años— el mundo se encontraba en ruinas. Europa estaba devastada. Un continente entero se hallaba atrapado entre la derrota y un nuevo comienzo, la victoria y el desplazamiento, la felicidad y la desesperación, la independencia y el cautiverio, la reconstrucción y el agotamiento infinito. Una guerra desencadenada por la Alemania nazi había provocado inenarrables sufrimientos a sus vecinos y, como consecuencia, también a sus propios ciudadanos. El nombre de mi país estará vinculado por siempre con esa tragedia humana.

Las Naciones Unidas se crearon hace 70 años a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Es en los salones de las Naciones Unidas donde hoy los alemanes inclinamos la cabeza para rendir homenaje a los millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial —hombres, mujeres y niños, soldados y civiles por igual, ciudadanos de casi todas las naciones reunidas hoy aquí— que perdieron sus vidas, sus seres queridos y sus medios de subsistencia en una guerra sin sentido. Alemania pide perdón a las naciones, ya que no podemos perdonarnos a nosotros mismos.

Los crímenes del régimen nacionalsocialista no tienen parangón. Hasta hoy nos hacen temblar: el asesinato de millones de judíos de Europa; el indecible crimen que fue la Shoah; el asesinato y la persecución de las comunidades sinti y romaní, homosexuales, personas con discapacidad, activistas políticos, individuos que pensaban, lucían, rezaban o actuaban de manera diferente a lo que determinaban los nacionalsocialistas. Alemania ha aceptado su responsabilidad por esos crímenes, responsabilidad que siempre asumiremos.

“La memoria no tiene fecha de vencimiento, y usted no puede decretar que la cuestión se ha tratado o concluido”, dijo Noach Flug, que sobrevivió a la marcha de la muerte de Auschwitz. Este pensamiento debe guiarnos siempre, en Alemania y en todas partes. Es nuestra responsabilidad mantener viva la memoria, mientras la cantidad de supervivientes y testigos disminuye. Estamos agradecidos a las naciones que liberaron a Alemania del inhumano régimen nacional socialista hace 70 años. Menciono esto porque cuando el difunto Presidente alemán Richard von Weizsacker habló de esa liberación hace 30 años, abrió un nuevo capítulo para que los alemanes nos pusiéramos de acuerdo con nuestro pasado, no suprimiendo la vergonzosa historia sino aceptándola en forma activa. Solo de esa manera podíamos construir una nueva identidad.

El año 1945 marca no solo el fin de la Segunda Guerra Mundial; también conmemora el empeño de líderes visionarios por edificar un orden mundial más pacífico y próspero, para liberar a la humanidad del flagelo de la guerra y reemplazar la ley de la fuerza por la fuerza de la ley. Hasta hoy, las Naciones Unidas son la piedra angular de esa visión. En tal sentido, 1945 marcó también un nuevo comienzo. ¿Quién hubiera creído en mayo de 1945 que Francia, archienemigo de Alemania por decenios, se convertiría en nuestro aliado y amigo más cercano? ¿Quién hubiera pensado que Europa —el campo de batalla del siglo XX— superaría sus divisiones y constituiría una comunidad próspera y pacífica, promotora de la paz y la seguridad en el mundo? ¿Quién hubiera pensado que solo 20 años después del Holocausto, Israel se pondría en contacto con Alemania, el país de los perpetradores, para establecer relaciones diplomáticas? Este año podemos celebrar 50 años de relaciones diplomáticas entre Alemania e Israel. ¿Quién hubiera pensado que en 1973 a dos Estados alemanes se les permitiría unirse a las Naciones Unidas, aceptar, proteger y promover los principios fundamentales consagrados en su Carta, valores y principios que la Alemania nazi usó indebidamente de forma tan singular? ¿Quién hubiera pensado que en 1990, la reunificación de Alemania sería apoyada por sus antiguos enemigos?

Si bien Europa y el mundo se mantuvieron divididos durante decenios después de 1945, a Alemania se le brindó la oportunidad de retornar a la comunidad internacional para vivir en paz y amistad con sus vecinos. La mano que esos vecinos nos extendieron en paz sentó los cimientos para la reconciliación y una integración europea cada vez más estrecha. Hasta hoy estamos honrados y agradecidos por el perdón que recibimos.

El agradecimiento, sin embargo, no es suficiente. La reconciliación también entraña la responsabilidad de fortalecer y defender el orden internacional a fin de mantener la paz y la seguridad internacionales; la responsabilidad de ser solidarios con aquellos que están oprimidos o perseguidos; la responsabilidad de ayudar a superar los conflictos y las divisiones por medios pacíficos. Nuestra historia de posguerra nos ha demostrado que en nuestro mundo globalizado solo se puede ganar si también se da. Esa concepción es el núcleo del compromiso de Alemania con las instituciones internacionales, la integración europea y las asociaciones mundiales. Por lo tanto, cuando nos unimos a los demás para decir hoy “¡Nunca más!”, también queremos decir “Nunca más actuar aisladamente”. Nuestro “¡Nunca más!” siempre incluirá un firme compromiso con las Naciones Unidas, que surgieron de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial.

Sr. Sergeyev (Ucrania) (habla en francés): Es con gran respeto que la comunidad internacional, y Ucrania en especial, conmemora la gran victoria en la Segunda Guerra Mundial en estos días inolvidables. Recordamos a todos aquellos que dieron sus vidas en aras de la paz y la seguridad en Europa y el mundo entero, un mundo libre del fascismo y el odio. En estos días, nuestros corazones están particularmente llenos de inmenso respeto y profunda gratitud hacia todos aquellos que se sacrificaron por nosotros, por nuestras vidas actuales y por nuestro futuro. Este es un hecho especialmente conmovedor que une a todas las generaciones con sentimientos compartidos de felicidad y tristeza por igual.

Rendimos sincero homenaje a la memoria de los liberadores que victoriosamente defendieron nuestro inalienable derecho a vivir en libertad en la tierra donde nacimos, y a la memoria de aquellos que en la coalición contra Hitler salvaron a Europa de la esclavitud del fascismo.

En estos días del mes de mayo, todas las familias de Ucrania recuerdan a los que no regresaron de esa guerra terrible e infernal. Han transcurrido 70 años desde el día en que el pueblo de Ucrania —junto con otros— aseguró la heroica victoria en la Segunda Guerra Mundial. Cada año, como siempre lo haremos, continuaremos recordando las lecciones de esa trágica historia, mientras desde el fondo de nuestros corazones rendimos homenaje a la memoria de todos aquellos que perdimos, y felicitamos y agradecemos a los que preservan la memoria de estos trágicos acontecimientos.

Ucrania está y siempre estará sumamente agradecida a quienes permanecerán eternamente jóvenes en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial.

Mi país pagó un precio increíblemente horrible por la abolición de la dictadura fascista en Europa. Aproximadamente 7 millones de ucranianos participaron de las hostilidades en los diversos frentes de la Segunda Guerra Mundial, con inclusión de 2.069 que fueron honrados durante la guerra con el título de Héroe de la Unión Soviética, la mayor distinción soviética en ese momento. Entre las 104 personas que fueron nombradas dos veces Héroe de la Unión Soviética, 29 eran ucranianos, o sea uno de cada tres. Entre las tres personas a quienes se les confirió tres veces esta alta distinción estaba nuestro compatriota, el legendario piloto Ivan Kozhedoub.

Honrar la memoria de aquellos que perdimos es un acto grande y sagrado porque comprendemos que sin esta gran victoria y la contribución de Ucrania a este logro muy importante no habría una Europa libre.

El camino a la victoria fue largo y sangriento. Pudimos lograrla al precio de inmensos esfuerzos. De acuerdo con historiadores de la guerra, Ucrania ofrendó más de 8 millones de vidas por la libertad de Europa. Permitaseme subrayar eso: 8 millones de vidas. El ejército soviético perdió casi 3,5 millones de ciudadanos de Ucrania. Ese es el precio catastrófico que mi país pagó por el derecho a construir nuestro futuro libre de las atrocidades del fascismo. Más de 2 millones de ucranianos fueron enviados a realizar trabajos forzados en Alemania, jóvenes, adolescentes y mujeres. Fue con la sangre, el sudor y las lágrimas de millones de los compatriotas que perdimos que Ucrania, al igual que toda Europa, se liberó del fascismo.

(continúa en inglés)

La fiesta de la gran victoria no es solo una oportunidad para rendir homenaje a los caídos y los veteranos de guerra. Es también un momento para reflexionar sobre las lecciones del pasado, que desafortunadamente no hemos aprendido en su totalidad. El vacío espiritual, la pérdida de la fe en el valor absoluto de la vida humana y las ambiciones individuales de dirigentes autoritarios se han convertido en la base del extremismo político, que exporta nuevas formas de conflictos locales artificiales, intolerancia étnica y radicalismo. La pérdida de fe en el futuro, en la solidaridad civil y en el amor de los vecinos y las ambiciones malsanas y egoístas permiten que los dictadores y los dirigentes arrojen a naciones enteras a un torbellino de sufrimiento.

Ucrania ha recorrido un largo y arduo camino. Hace un año, podíamos decir con confianza que habíamos mantenido a Ucrania unida y diversa, un país que había restaurado su condición de Estado y sentado las

bases para su futuro entre las naciones europeas desarrolladas. Sin embargo, desafortunadamente, algunos países todavía no pueden aceptar el hecho de que el pasado permanecerá por siempre en el pasado, que los imperios coloniales pasaron al olvido en la historia, que la grandeza no se basa en ejércitos de millones y en armas nucleares sino en la estabilidad, el trabajo inspirador y la prosperidad de sus ciudadanos.

A 70 años de la Segunda Guerra Mundial, Ucrania huele nuevamente el olor de la guerra, ve su color rojo y escucha la voz de aquellos que sufren un conflicto que nos han traído desde el exterior, pero esta vez no del Occidente. Ahora es más trágico e incomprensible para nosotros que aquellos con quienes luchamos juntos, lado a lado, contra el fascismo, aquellos a los que considerábamos aliados y amigos, traigan hoy el caos y la muerte a nuestros hogares y armen y financien a bandidos que cultivan el terror en una zona que hace un año era pacífica.

Aquellos con quienes nuestros abuelos derramaron su sangre en los campos de batalla contra el fascismo en el siglo pasado están desacreditando hoy su sagrada memoria, robando nuestro territorio internacionalmente reconocido, ignorando de manera salvaje la Carta de las Naciones Unidas, que se firmó conjuntamente hace 70 años, y repitiendo, paso a paso, los errores fatales que llevaron en 1939 al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Ucrania es un Estado europeo que no solo procura fortalecer la paz y la seguridad sino que también, como lo demuestran sus propios ejemplos históricos, se ha comprometido a contribuir a un mundo sin guerra, sufrimiento humano y muerte. Hoy pedimos, desde la tribuna de las Naciones Unidas en este día memorable, a aquellos que por sus propias ambiciones geopolíticas quieren contaminar la memoria de los millones que murieron en la Segunda Guerra Mundial, que recuperen el sentido común. Ucrania también exhorta al mundo a que no pase por alto los intentos de algunos dirigentes autoritarios por encender y mantener nuevos focos de inestabilidad y llevarnos a todos al abismo de otra guerra mundial, que muy bien podría ser la última.

Las guerras y los conflictos civiles destruyen a la sociedad y ponen en peligro el destino de millones de personas. Cuidemos al mundo, recordemos el pasado y trabajemos juntos para construir un futuro común mejor.

Sr. Bishnoi (India) (*habla en inglés*): La Segunda Guerra Mundial fue el conflicto mundial más devastador y destructivo en la historia humana. El mundo

presenció un derramamiento de sangre y una violencia terribles, que llevaron a la muerte en masa de millones de civiles y soldados. Es necesario que recordemos a las víctimas. También es necesario que rindamos homenaje a los millones de soldados que hicieron el sacrificio supremo para que las futuras generaciones pudiesen vivir en un mundo más seguro.

Estamos agradecidos al Presidente de la Asamblea General por haber convocado esta reunión para conmemorar a todas las víctimas de la guerra. También agradecemos a la delegación de la Federación de Rusia haber impulsado la resolución en la que se pedía la realización de esta reunión. Saludamos a las valientes mujeres y hombres jóvenes y a los pueblos de todos los países que lucharon para asegurar que pudiéramos vivir en un mundo libre del fascismo.

Es importante señalar y recordar las contribuciones y los sacrificios enormes que hicieron pueblos de todas partes del mundo.

En la Segunda Guerra Mundial el ejército de la India registró unas 87.000 víctimas mortales y más de 100.000 heridos. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, el ejército indio contaba con apenas unos 200.000 efectivos. Ese número creció hasta llegar a 2,5 millones de efectivos, la fuerza de voluntarios más numerosa de la historia. Participó en algunos de los frentes de batalla más cruciales.

Durante milenios en la India, la filosofía de defender los valores del bien contra el mal es la que ha guiado el código del guerrero. Fue con esta perspectiva que Mahatma Gandhi, el apóstol de la no violencia, respaldó la participación de la India en las dos guerras mundiales a pesar de la lucha que en ese entonces estábamos librando contra el dominio colonial. Nuestra participación fue una inmensa ayuda para las fuerzas aliadas durante la guerra.

Quisiera destacar en particular los sacrificios de las valerosas mujeres de la India, muchas de las cuales prestaron servicio como enfermeras en hospitales civiles y militares o como integrantes del Cuerpo Auxiliar Femenino del Ejército, realizando tareas vitales para los esfuerzos bélicos justo detrás de las líneas de batalla. Condujeron vehículos del ejército, se encargaron de los conmutadores telefónicos y efectuaron labores de mecánica. Durante la evacuación de Myanmar, que entonces se llamaba Birmania, muchas de las mujeres indias permanecieron en sus puestos y siguieron enviando mensajes vitales por telégrafo para ayudar a que escapara el mayor número posible de civiles. Muchas

de ellas murieron y otras fueron capturadas, padeciendo terribles penurias y privaciones en campamentos de prisioneros de guerra.

Nuestra conmemoración del septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial es también una ocasión para reflexionar sobre las enseñanzas del pasado y considerar las maneras de vencer los retos del futuro.

No obstante los avances que ha registrado la humanidad, la guerra dista mucho de haber sido eliminada. Si bien con el tiempo posiblemente haya disminuido el número de guerras y de conflictos armados, sus efectos reales en la población se han intensificado. Los cálculos indican que el número de muertes por causa de los conflictos aumentó drásticamente de 1,6 millones en el siglo XVI a casi 110 millones en el siglo XX.

Hoy el terrorismo ha surgido como uno de los peligros más graves para la humanidad. Amenaza extender su alcance y sumir al mundo en una mortandad similar a la ocurrida durante las dos guerras mundiales. El terrorismo es un fenómeno mundial y solo se puede derrotar mediante una acción mundial. Necesitamos velar por que nuestros esfuerzos no resulten insuficientes.

Al conmemorar el fin de la Segunda Guerra Mundial, necesitamos igualmente evaluar la salud de las instituciones mundiales de gobernanza creadas tras el conflicto. El Presidente Museveni, de Uganda, al hablar ayer ante las Naciones Unidas observó que la mayoría de las estructuras fundamentales creadas después de la Segunda Guerra Mundial por las Potencias victoriosas no han cambiado. Señaló que cuando se crearon las Naciones Unidas había solo dos países soberanos en África. Por lo tanto, esta sesión es una ocasión provechosa para destacar la necesidad de abordar lo que el Presidente Museveni mencionó como “la deficiencia estructural en la arquitectura de la seguridad mundial”.

La India formó parte de la Conferencia de San Francisco y, como miembro fundador de las Naciones Unidas, sigue plenamente comprometido con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas. Abrigamos la esperanza de que, al celebrar su septuagésimo aniversario, la Organización adopte medidas concretas para estar a la altura de sus propósitos y ser capaz de reflejar las realidades contemporáneas.

Sr. Yoshikawa (Japón) (*habla en inglés*): Sra. Presidenta: Quiero darle las gracias por haber convocado esta sesión extraordinaria y solemne de la Asamblea General.

En vista de que este año se conmemora el septuagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial,

que concluyó con enormes sacrificios para la humanidad, deseo rendir el más sincero homenaje a todas las víctimas que fallecieron a consecuencia de la guerra.

Como se estipula en el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, las Naciones Unidas fueron creadas hace 70 años para “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles” y para reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales y en la dignidad de la persona. Fueron también fundadas con la finalidad de “crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional”.

A lo largo de estos 70 años, el Japón ha recorrido el camino de una nación amante de la paz respetando constantemente la libertad, la democracia, los derechos humanos fundamentales y el estado de derecho, basándose en sentimientos de profundo remordimiento respecto de la guerra. Nuestras acciones causaron sufrimiento a los pueblos de los países de Asia. No debemos desviar la mirada de esa realidad.

El Japón ha realizado además asiduos esfuerzos por contribuir a la paz y la prosperidad mundiales mediante nuestras labores en aspectos como el mantenimiento de la paz y la seguridad, el desarrollo y la asistencia humanitaria, la protección y promoción de los derechos humanos, al igual que el desarme y la no proliferación. Mi delegación está contribuyendo de manera constructiva a la Conferencia de las Partes de 2015 encargada del examen del Tratado sobre la No Proliferación de las Armas Nucleares, que se ha venido realizando aquí en las Naciones Unidas desde la semana pasada.

El Japón asigna una importancia particular al principio de la Carta que estipula que las controversias internacionales se deberán resolver por medios pacíficos con arreglo del derecho internacional, y no por la fuerza o coerción. Hemos estado haciendo todo lo posible por cumplir plenamente con el derecho internacional y nos enorgullecemos de nuestro historial. El Japón está comprometido a persistir en su empeño por establecer y universalizar el estado de derecho.

El Japón expresa sumo agradecimiento a las Naciones Unidas por su labor de mantener la paz y la seguridad de la comunidad internacional. Al mismo tiempo, cuando observamos la situación actual en el mundo, 70 años después de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos todavía siguen sufriendo por los conflictos, la pobreza y las violaciones de los derechos humanos.

Los conflictos no solo tienen lugar entre Estados, sino también entre los grupos étnicos y entre las religiones. Aún más, el mundo está encarando crisis sin precedentes ocasionadas por la propagación del extremismo y del terrorismo, al igual que por la proliferación de armas de destrucción en masa. Esto nos recuerda que hay una necesidad incluso mayor de permanecer unidos para hacer frente a las amenazas que nos afectan a todos.

En vista de estas circunstancias y al encaminarnos hacia el futuro, las Naciones Unidas deben seguir desempeñando un papel central en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, así como en el respeto y la promoción de los derechos humanos y las libertades fundamentales.

La libertad, la democracia, los derechos humanos y el estado de derecho hoy forman parte intrínseca de la identidad del pueblo japonés. El rumbo que hemos emprendido hasta ahora como nación amante de la paz es motivo de orgullo para el pueblo japonés y jamás cambiará, aun si las circunstancias internacionales se alteran de manera drástica.

Quiero finalizar mi declaración reafirmando la determinación del Japón de realizar otros aportes positivos, siguiendo una política de contribución activa a la paz, basándonos en el principio de la cooperación internacional en aspectos como la consolidación de la paz, la lucha contra el terrorismo, el desarme y la no proliferación nucleares, la seguridad humana, la educación, la salud, el desarrollo, el calentamiento global y el empoderamiento de las mujeres. Haremos esas contribuciones junto con las Naciones Unidas.

Sra. Ataeva (Turkmenistán) (*habla en ruso*): El acontecimiento al cual está dedicada hoy la sesión de la Asamblea General tiene una trascendencia verdaderamente histórica. Tras haber sufrido pérdidas de una magnitud sin precedentes, la Segunda Guerra Mundial nos obligó a todos los miembros de la humanidad civilizada a dejar de lado todas las controversias y divergencias de opinión para unirnos en una lucha contra el peligro mortal de ser esclavizados por los nazis. La victoria en esa guerra fue una victoria compartida que impartió un poderoso impulso a la unificación de la comunidad internacional, cuyo resultado fue la creación de las Naciones Unidas. Tras haber pagado el precio de un terrible sufrimiento y la muerte de millones de personas, los pueblos del mundo se dieron cuenta de que no había ninguna otra opción sino la de adoptar el sistema de seguridad colectiva representado en la Carta de las Naciones Unidas.

Hoy, 70 años más tarde, no debemos olvidar que todo intento por infringir los derechos democráticos de los ciudadanos, tal como constan en la Declaración Universal de Derechos Humanos, conduce directamente a la tiranía, y de allí hay un solo paso a los crímenes que recordamos hoy con horror y aversión. Rechazamos todos los intentos por glorificar el fascismo o reescribir la historia. Sería una locura permitirnos olvidar las terribles enseñanzas que nos dejaron la agresión y las atrocidades de los nazis. Debemos recordar siempre a los caídos y unirnos a los esfuerzos de la comunidad internacional para luchar contra nuevas amenazas y nuevos desafíos, reconociendo y respetando el papel central de las Naciones Unidas en esa lucha.

Ahora que nos preparamos para celebrar el aniversario de la victoria sobre el nazismo, volvemos a repasar una y otra vez las páginas de la historia en las que se describe la guerra más terrible y cruenta que hayan jamás sufrido nuestros pueblos. El pueblo de un gran país tuvo que salvar su patria, sus hogares, sus hijos. Nos unimos en nuestro anhelo, y salimos victoriosos. Pagamos un precio muy alto por esa gran victoria: 20 millones de muertos, sin salvarse ni los niños. No todos murieron en el campo de batalla; algunos murieron por inanición, o enfermedad o en campos de concentración. Millones de huérfanos, viudas de 19 años, inválidos, ciudades en ruinas y vidas destrozadas fueron todo lo que quedó cuando acabó la guerra. Unidos a representantes de otras naciones, los ciudadanos de Turkmenistán lucharon con valentía contra el fascismo. Muchos de ellos participaron en batallas en toda Europa, liberando ciudad tras ciudad, país tras país y terminando esa larga y ardua marcha ante los muros del Reichstag. Centenares de miles de ellos quedaron durmiendo el sueño eterno en suelo extranjero, dando su propia vida en aras de la paz para todos. Su alma quedará viva en nuestra memoria y sus hechos nunca morirán.

Sería imposible nombrar en esta reunión a los miles de valientes soldados que lucharon, hayan o no recibido medallas y condecoraciones. Lo mismo sucede con las mujeres y los niños que trabajaron en las fábricas y en las granjas para ayudar a quienes luchaban en el frente. Durante la guerra, la población de la República de Turkmenia donó siete toneladas y media de ornamentos de plata y oro para ayudar a los esfuerzos bélicos y envió millones de paquetes de ropa de abrigo como regalo a los soldados y oficiales del Ejército Rojo, haciendo sacrificios para ayudar a construir aviones, tanques y otros armamentos. Y rendimos homenaje a todos los pueblos de la Unión Soviética, que hicieron todo lo

posible por ayudar a derrotar el fascismo. Rendimos tributo a nuestros aliados que lucharon contra el fascismo y ayudaron a lograr la victoria que compartimos.

La sesión de hoy es uno de los acontecimientos más importantes organizados para conmemorar el septuagésimo aniversario de nuestra gran victoria contra el fascismo, a la cual mi país aportó una contribución trascendental. El 22 de noviembre de 2004 la Asamblea General aprobó la resolución 59/26, en la que declaró el 8 y 9 de mayo como días de recuerdo y reconciliación y propuso que esos dos días se observen cada año en homenaje a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. La trascendencia histórica de la victoria en la Segunda Guerra Mundial es inseparable de la vital misión que han cumplido las Naciones Unidas en los pasados 70 años. La creación misma de esta Organización universal fue en primer lugar el resultado de la coalición de los aliados y habría sido imposible si esa coalición no hubiese derrotado al fascismo. Las Naciones Unidas se crearon para la paz y el desarrollo pacífico.

La fecha histórica en que se celebra esta sesión especial de la Asamblea General es un homenaje a los millones de víctimas del régimen nazi que no se deben olvidar nunca, ni aquí ni en ningún otro lugar del mundo. Recordamos a todos los que pagaron con su vida por esa victoria. Que su memoria siga siendo eterna. Nos inclinamos ante todos aquellos que participaron en la segunda y, esperamos, última guerra mundial, cuyas experiencias nos obligan a amar la paz, combatir todo tipo de neonazismo, chovinismo, xenofobia y otras manifestaciones con las que se pretende destruir el honor, la dignidad y los derechos humanos. Hoy sembramos un árbol de paz en una ceremonia que tiene un profundo significado filosófico. Nuestro deber y el deber de los pueblos de todos los países miembros de las Naciones Unidas es cultivar la paz, ayudarla a que se arraigue en cada país, no permitir una nueva violencia ni nuevas víctimas, llegar a acuerdos y resolver las controversias por medios pacíficos. Esperamos que nos hayan escuchado, visto y entendido los millones de personas de todo el mundo. Somos madres que estamos criando a nuestros hijos para la vida, para construir un mundo nuevo y glorioso, y no queremos que nuestros hijos perezcan en los frentes de batalla. No debemos permitir que haya más guerras. Deseo a todos los aquí presentes un Día de la Victoria muy feliz.

Sr. Reyes Rodríguez (Cuba): Cuba aplaude la conmemoración de la victoria sobre el fascismo y el fin de la Segunda Guerra Mundial. Asumimos este acto de justicia como una jornada de reflexión. Hace 70 años la humanidad

se impuso a la barbarie. La victoria sobre el fascismo impuso el sacrificio de millones de seres humanos.

El fascismo es la expresión más acabada del pensamiento reaccionario e imperialista. Toda la humanidad pagó muy caro ese fenómeno político. Numerosos países en un momento determinado se vieron agredidos por el fascismo y contribuyeron significativamente al desenlace exitoso de la guerra; sin embargo nadie aportó tanto a la victoria sobre el dominio universal del fascismo como los pueblos que constituían la Unión Soviética. En cuatro años de guerra, varias de sus principales ciudades fueron sitiadas y destruidas. Más de 20 millones de soviéticos perdieron la vida. Comunistas, judíos, romanes, discapacitados y homosexuales —todos fueron perseguidos con el propósito de su exterminio. Expresamos nuestra gratitud eterna a todos los pueblos y personas que resistieron, combatieron y derrotaron el fascismo.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, las naciones entonces libres del colonialismo y la dominación extranjera constituyeron las Naciones Unidas. En su Carta fundacional la Organización estableció el compromiso de mantener la paz y la seguridad internacionales, fomentar las relaciones de amistad entre las naciones, realizar la cooperación internacional para la solución de problemas internacionales de carácter económico, social, cultural y humanitario y garantizar el respeto a los derechos humanos sin discriminación. El respeto a la soberanía y la igualdad entre los Estados, la solución pacífica de las controversias y la negación del recurso a la fuerza siguen siendo pilares insustituibles del sistema internacional.

Sin embargo, la victoria sobre el fascismo no significó la panacea para todos. Muchos pueblos debieron esperar años para ejercitar su independencia e integrar las Naciones Unidas. La multipolaridad que caracterizó al mundo por decenios en la segunda mitad del siglo XX permitió logros trascendentales para los países en desarrollo, como la adopción de las declaraciones del derecho de los pueblos a la libre determinación, a la paz y al desarrollo, así como la proclamación de objetivos como el establecimiento de un nuevo orden económico internacional y un nuevo orden mundial de la información y las comunicaciones.

Hoy las Naciones Unidas enfrentan colosales retos y amenazas. La injerencia imperialista contra la soberanía de los Estados, la aceleración del cambio climático, el subdesarrollo y la pobreza, el hambre y el analfabetismo, las guerras de rapiña y por la dominación hegemónica, el cuestionamiento a la diversidad y a la libre determinación de los pueblos y el orden económico,

comercial y financiero internacional injusto y desigual que se nos ha impuesto son solo algunos de los graves desafíos que tenemos planteados. No obstante, no existe mayor peligro para la especie humana que la existencia de más de 16.000 armas nucleares, 4.000 de ellas listas para ser utilizadas de inmediato. Ningún país ni ninguna persona pueden sentirse seguros en el planeta hasta que todas y cada una de esas armas sean prohibidas y consecuentemente destruidas.

Las Naciones Unidas tienen el deber sagrado de reflexionar acerca de las nefastas lecciones aprendidas en la Segunda Guerra Mundial. Estamos llamados a trabajar incansablemente para perpetuar en la memoria de las generaciones actuales y futuras las consecuencias de la intolerancia, de los proyectos hegemónicos y de la codicia imperial. La victoria sobre el fascismo confirmó el valor de la solidaridad y la cooperación internacionales de todos los pueblos y todas las personas amantes de la libertad, la paz y la justicia. Proclamamos gloria eterna a los héroes y mártires de la lucha contra el fascismo y el militarismo.

Sra. Boura (Grecia) (*habla en francés*): Grecia se adhiere a la declaración formulada por el Jefe de la Delegación de la Unión Europea.

Como representante de Grecia, quiero dar las gracias al Presidente de la Asamblea General por haber convocado esta sesión solemne de la Asamblea con motivo del septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, una de las guerras más sangrientas y destructivas en la historia moderna de la humanidad.

(*continúa en inglés*)

El pueblo de Grecia —un país entre los más gravemente afectados por la guerra— recuerda con orgullo el papel de sus antepasados en la histórica victoria contra la inhumanidad y la tiranía. Por tanto, estamos orgullosos de unirnos a otras naciones para rendir homenaje a los millones de hombres y mujeres que lucharon y a todos los que perdieron la vida defendiendo la libertad y los valores universales. En ese contexto, no debemos olvidar la tragedia ni las víctimas del Holocausto.

En 1940, Grecia logró su primera victoria contra el fascismo. En 1944, quedó convertida en un país en ruinas, rodeado de escombros y pobreza, un Estado que había perdido el 10% de su población. Perdió el 86% de sus comunidades judías. Se calcula que 250.000 personas murieron de hambre. Aproximadamente el 18% de su población quedó sin hogar. El país perdió un tercio de sus pueblos, la mitad de su producción agrícola y el 40%

de su ganado, así como una gran parte de su infraestructura y su marina mercante. La visión de un mundo mejor hizo que las 50 naciones que crearon las Naciones Unidas nos uniéramos en 1945 con la determinación de crear un mundo en el que prevalecieran la paz y la reconciliación.

Pocos tiempo después, el fin de la devastadora Guerra Mundial dio lugar al mayor proyecto de paz de la historia: la creación de las antiguas comunidades europeas en las que los otrora enemigos se unieron en una sola familia europea, a la cual se sumó Grecia a principios de 1980. No es por casualidad que en 2012 la Unión Europea haya recibido el Premio Nobel de la Paz como reconocimiento a su papel en la promoción de la paz y la reconciliación, los derechos humanos y la democracia en Europa.

El año 2015 marca el septuagésimo aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, ya que fue en 1945 cuando los 51 Estados se reunieron para aprobar la Carta de las Naciones Unidas y se comprometieron a no permitir que este oscuro capítulo de la guerra se repita. Sin embargo, todavía vivimos en un mundo imperfecto —un mundo asolado por guerras y conflictos, desigualdad y pobreza, cambio climático y pandemias, destrucción y terrorismo. Los retos que hoy enfrentamos son diferentes a los de hace 70 años. Muchos de ellos se plantean a escala mundial y sólo pueden abordarse con éxito si trabajamos juntos, en estrecha colaboración, con perseverancia y determinación. Las lecciones aprendidas con tanto sufrimiento, carnicería y destrucción causados por la guerra deberían reforzar nuestro compromiso y nuestros esfuerzos para preservar la paz y la seguridad, respaldar la justicia, apoyar los derechos humanos y promover el progreso y el desarrollo.

Hoy, nuestra gran familia, ahora integrada por 193 países, debe seguir comprometida a llevar adelante el legado de las generaciones pasadas que lucharon valientemente y murieron por la libertad de muchos de nosotros.

Sr. Mminele (Sudáfrica) (*habla en inglés*): Con sumo respeto deseo rendir un sincero homenaje y expresar las condolencias de mi país a todas las víctimas que perecieron como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Ese período se vio ensombrecido por incidentes continuos que mostraron la inhumanidad del hombre hacia el hombre. Millones de hombres, mujeres y niños murieron en todo el mundo a causa de la intolerancia demostrada por regímenes antidemocráticos y belicistas que solo buscaban la dominación, la expansión y la esclavitud de países y regiones enteras.

La falta de tolerancia se manifestó en muchas formas malévolas, ya fuese la falta de tolerancia política, ideológica, racial, cultural o religiosa, o el crecimiento de un nacionalismo y un imperialismo desenfrenados que en última instancia permitieron que regímenes injustos actuaran contra los inocentes y los indefensos. Fue eso lo que permitió el estallido de la Segunda Guerra Mundial que finalmente cobró millones de vidas en todo el mundo, incluso en el continente africano.

Después de haber sido construidas sobre las cenizas de esa guerra devastadora, las Naciones Unidas deben seguir luchando por el objetivo de preservar la paz y la seguridad internacionales. En su preámbulo, la Carta dice:

“Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles...”.

Pese a ello, seguimos siendo conscientes de que no han sido apenas las dos guerras mundiales las que han infligido sufrimientos indecibles a la humanidad. También somos conscientes de que nuestros esfuerzos en procura de la paz han fracasado con demasiada frecuencia. Sudáfrica reitera su compromiso de trabajar con todos los Miembros de las Naciones Unidas para eliminar el flagelo de la guerra que presenciamos hace 70 años. Mantenemos nuestro compromiso de crear un mundo más pacífico, justo y próspero para las generaciones futuras.

Al mismo tiempo, lamentablemente somos conscientes de las muchas crisis que siguen sin solución. Por lo tanto, esta conmemoración debe intensificar nuestra decisión y nuestro compromiso de abstenernos de recurrir a la amenaza o el uso de la fuerza contra la integridad territorial o la soberanía de los Estados. También debe llevarnos a redoblar nuestros esfuerzos por solucionar las controversias por medios pacíficos. Es necesario superar los legados de la Guerra y consolidar el progreso que hemos logrado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial promoviendo los valores democráticos, los derechos humanos y las libertades fundamentales. En lo que se refiere a la conmemoración, rendimos homenaje a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial. Sus sueños de paz deben inspirarnos para redoblar nuestros esfuerzos al trabajar por la paz y la seguridad internacionales.

Cuando el mundo converja en septiembre para celebrar el septuagésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas, será fundamental que todos nos

detengamos a reflexionar sobre cuánto hemos hecho. Usemos ese momento para recordar a los héroes y las heroínas que cayeron. Nunca debemos olvidar sus sacrificios, que permitieron el afianzamiento de los principios y valores que defendemos y definieron los propósitos de las Naciones Unidas.

Sr. Antonio de Aguiar Patriota (Brasil) (*habla en inglés*): Felicitamos a la Federación de Rusia por proponer la realización de esta solemne reunión especial de la Asamblea General sobre el septuagésimo aniversario de la victoria en la Segunda Guerra Mundial. El heroico papel desempeñado por el pueblo ruso, junto con muchos otros, en la victoria sobre el fascismo nunca se olvidará. Hoy es un día de veneración y recuerdo. Hoy rendimos homenaje a los innumerables hombres y mujeres que en todo el mundo sacrificaron sus vidas para defender la libertad, erradicar la intolerancia y sostener la justicia. También rendimos homenaje a las decenas de millones de civiles inocentes que perecieron en el conflicto más prolongado que existió.

No olvidemos a aquellas víctimas de la guerra que fueron sometidas a horrendas políticas de exterminio y genocidio. Hoy renovamos nuestro compromiso común de no permitir jamás que esos tormentos asuelen nuevamente a la humanidad. El Brasil se enorgullece de su contribución nacional a la causa de los aliados durante el conflicto y en tiempos de paz. Después de declarar la guerra al Eje y proporcionar bases aéreas y navales fundamentales a las fuerzas aliadas en 1942, el Brasil envió a Europa su primer escuadrón de combate y una fuerza expedicionaria de más de 25.000 soldados, además de sumarse a la lucha antisubmarina en el Atlántico.

Al combatir valientemente en Monte Castello, Montese, Fornovo di Tavo y otras batallas, nuestros soldados contribuyeron a la liberación de Italia y la victoria total sobre el fascismo. El Gobierno brasileño también participó en las reuniones regionales y mundiales que diseñaron un nuevo orden internacional tendiente a asegurar la paz y la cooperación, que culminaron en la Conferencia de San Francisco, cuando mi país se convirtió en Miembro fundador de la Organización. Uno de los propósitos centrales de las Naciones Unidas consiste en mantener la paz y la seguridad con medidas colectivas. La Carta también establece que para solucionar las controversias internacionales deben emplearse medios pacíficos. Estos objetivos siguen siendo tan válidos y fundamentales hoy como lo fueron hace siete decenios.

Sin embargo, desde 1945 el mundo ha experimentado cambios complejos y profundos. Han surgido nuevos

desafíos que no pudieron ser previstos por nuestros antepasados en San Francisco y que ahora amenazan con hacer inoperante nuestro sistema multilateral. Con el objeto de renovar nuestro compromiso con los propósitos y principios de la Organización, debemos ser tan ambiciosos como los estadistas que una vez concibieron un nuevo orden mundial basado en valores universales.

El centro de este esfuerzo es el imperativo de actualizar nuestro marco para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Aprovechemos el septuagésimo aniversario del establecimiento de las Naciones Unidas como una oportunidad para lograr un resultado concreto en esta cuestión decisiva. La reforma del Consejo de Seguridad para que esté en condiciones de enfrentar los nuevos desafíos sería el mayor tributo de nuestra generación a los millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial, cuya memoria valoramos y honramos hoy.

Sr. An Myong Hun (República Popular Democrática de Corea) (*habla en inglés*): Hoy, las Naciones Unidas y sus Estados Miembros se encuentran en un momento histórico, mirando al pasado, el presente y el futuro. Hace 70 años, el ejército y el pueblo heroicos de la Unión Soviética derrotaron al fascismo y el militarismo, que habían provocado a la humanidad enormes sufrimientos y muerte, e hicieron una gran contribución al fin de la Segunda Guerra Mundial. Mucho agradecemos a la Federación de Rusia haber desempeñado un papel principal en la salvaguardia de la paz y la seguridad mundiales.

Las naciones y los pueblos del mundo se unieron fuertemente con la firme decisión de preservar a las generaciones venideras del flagelo de las guerras mundiales, que dos veces le impusieron sufrimientos indecibles a la humanidad, y libraron una ardua lucha para alcanzar la paz y la seguridad duraderas. Gracias a los perseverantes esfuerzos realizados por los países y pueblos del mundo progresistas y amantes de la paz tras el final de la Segunda Guerra Mundial, mucho se ha logrado en la lucha por salvaguardar la paz y la seguridad mundiales.

No obstante, los movimientos de dominación, subyugación e interferencia destinados a violar la soberanía y obstaculizar el desarrollo independiente de otros países y naciones han continuado en forma ininterrumpida, en tanto que la paz y la seguridad del mundo enfrentan todavía muchos desafíos. El Gobierno y el pueblo de la República Popular Democrática de Corea tuvieron que dedicar todo para garantizar la paz y la seguridad en la península de Corea teniendo en cuenta las

circunstancias en virtud de las cuales el país y la nación están artificialmente divididos, a pesar de que se liberaron de la ocupación del militarismo japonés y enfrentaron los constantes intentos de agresión y las sanciones de fuerzas externas. Hoy la península de Corea sigue siendo uno de los más peligrosos lugares de conflicto y las tensiones cada vez mayores en la península y en torno a ella se han convertido en un motivo de gran preocupación en todo el mundo.

En la península de Corea siguen existiendo circunstancias extremas que no dejan lugar a juicio alguno sobre cuándo podría estallar una guerra, debido a la política hostil y las medidas agresivas de los Estados Unidos contra la República Popular Democrática de Corea. Los Estados Unidos recurren a maniobras de guerra nuclear para un ataque por sorpresa a la República Popular Democrática de Corea movilizando decenas de miles de fuerzas militares y equipos de ataque nuclear todos los años, como ya ha ocurrido dos veces este año.

Por medio de sus amenazas de agresión militar y presión política y económica contra mi país, los Estados Unidos buscan los claros objetivos de perturbar nuestro desarrollo pacífico y destruir a la República Popular Democrática de Corea, además de establecer un punto de partida para su estrategia de dominación mundial. Su estrategia en Asia se está poniendo rápidamente en práctica mediante, entre otras cosas, la introducción de sistemas de defensa contra misiles, tratando de construir una alianza militar tripartita con el Japón y Corea del Sur e intensificando las maniobras militares para crear tensiones en la península de Corea de manera intencional.

Como hemos declarado varias veces, la amenaza nuclear de los Estados Unidos a la República Popular Democrática de Corea no es potencial o abstracta sino práctica y física. Los bombarderos nucleares estratégicos vuelan sin escalas desde la parte continental de Guam hasta la península de Corea y hacen simulacros de lanzamiento de bombas nucleares varias veces al año. Los portaaviones y submarinos cargados con misiles nucleares ingresan continuamente a las aguas de la península de Corea para participar en maniobras nucleares tendientes a la ocupación de Pyongyang.

La amenaza y el chantaje nucleares y la política hostil del Estado poseedor de armas nucleares más poderoso durante más de medio siglo impulsaron a la República Popular Democrática de Corea a adquirir armas nucleares. La amenaza nuclear cada vez mayor no nos deja otra alternativa que reforzar nuestra capacidad

de disuasión nuclear para hacerle frente. El hecho de que podamos evitar la guerra y defender la paz en la península de Corea, donde los intereses de las grandes Potencias están estrechamente entrelazados y las actitudes belicosas son muchas, es atribuible en su totalidad a nuestra capacidad de disuasión, que incluye a las fuerzas nucleares creadas por la política de Songun.

El flagelo que dejó la Segunda Guerra Mundial en Asia sigue presente 70 años después. El Japón, un Estado enemigo y derrotado que ocupó países asiáticos durante la guerra y cometió crímenes de lesa humanidad inimaginables, todavía no los ha reconocido ni ha pedido disculpas o dado compensaciones por ellos de manera clara y convincente. El comportamiento reciente de las autoridades japonesas provoca la grave preocupación de la sociedad internacional. El hecho de que el Japón sea demasiado ambicioso y temperamental en su enfoque de la reforma del Consejo de Seguridad y también demasiado quisquilloso con la cuestión de los derechos humanos en la República Popular Democrática de Corea en el plano internacional se basa en su objetivo siniestro y descarado de enterrar sus crímenes pasados y eliminar el estigma de ser un Estado enemigo por todos los medios posibles. Es un desafío a la propia historia y a las Naciones Unidas, es retorcer el cuchillo en las heridas de las víctimas de la masacre y los trabajos forzados y de los esclavos sexuales asesinados por los oficiales del ejército japonés sin siquiera reconocer su crueldad.

Este año, en el que se conmemoran el septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, la derrota del Japón y la fundación de las Naciones Unidas, el Japón debe tomar la decisión política de separarse de su pasado para siempre. La separación de su pasado debe incluir la total eliminación de su ambición de reavivar el militarismo que se mantiene vivo en las mentes de los japoneses. Eso no se puede dejar a las generaciones futuras. No podemos equivocarnos en cuanto a los crímenes anteriores del Japón, y tampoco esos crímenes pueden diluirse u olvidarse por el transcurso del tiempo. No puede ocultarse ni borrarse la historia criminal del Japón.

En este foro solemne en el que estamos recordando a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, la delegación de la República Popular Democrática de Corea insta enérgicamente al Japón, en nombre de todas las víctimas de las masacres y los trabajos forzados y de los esclavos sexuales asesinados por el ejército japonés, a que de manera clara y plena reconozca sus crímenes y pida perdón y compense por ellos este año, que marca el septuagésimo aniversario de la derrota del Japón.

Sr. Delattre (Francia) (*habla en francés*): Sra. Presidenta: le agradezco la organización de esta reunión especial para recordar a todas las víctimas de la Segunda Guerra Mundial 70 años después de su finalización en el continente europeo. También agradezco a la Federación de Rusia por haber tomado la iniciativa de organizar esta reunión conmemorativa.

En 1945, el continente europeo estaba en ruinas. Seis años de guerra, destrucción, muerte, desplazamiento forzado y genocidio habían causado la pérdida de casi 20 millones de vidas civiles solo en el continente europeo. Eso es más que la cantidad de soldados muertos. Esta guerra contra los civiles culminó en el tremendo horror del Holocausto, el exterminio nazi dirigido contra los judíos de Europa. Hoy nos hemos reunido aquí, en primer lugar, para cumplir con nuestra obligación eterna de recordar a todas las víctimas de la guerra y la crueldad de esta.

Nuestra Organización, las Naciones Unidas, nació no solo de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial sino también de las lecciones del fracaso del sistema de seguridad colectiva del período transcurrido entre las dos guerras, y sobre todo del fracaso de la Sociedad de las Naciones. Los fracasos de la predecesora de las Naciones Unidas nos dejaron al menos cuatro enseñanzas.

La primera es que no es suficiente con abordar el conflicto estrictamente desde el punto de vista de la seguridad. Debemos tener en cuenta la necesidad de respetar la dignidad y el valor de los seres humanos, los derechos humanos fundamentales y el desarrollo de las poblaciones y la asistencia a ellas. Hoy sabemos que esos factores desempeñan una función esencial en el tratamiento de las causas profundas de los conflictos. En 1943, las fuerzas aliadas crearon la Administración de las Naciones Unidas para la Reconstrucción y el Socorro, que asistió a 30 millones de desplazados en Europa y Asia. La UNESCO, la Organización Internacional del Trabajo y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura se establecieron o al menos se concibieron antes de la victoria. Ahora, 70 años después, las Naciones Unidas tienen mecanismos poderosos para ayudar a los pobres y marginados, que constituyen un caldo de cultivo para todos los conflictos. Estas enseñanzas deben guiar nuestra tarea al definir la nueva agenda para el desarrollo después de 2015, que tendrá que encarar los desafíos que hoy enfrenta el mundo en desarrollo.

La segunda enseñanza es que nuestra capacidad para actuar está vinculada con la legitimidad de nuestras

instituciones. Es necesario repetir que 70 años después del establecimiento de las Naciones Unidas, nuestro mundo es muy diferente al de 1945. Por lo tanto, las Naciones Unidas deben adaptarse y reformarse para reflejar el mundo en el que hoy vivimos. En este sentido, la reforma del Consejo de Seguridad es urgente y fundamental. Francia apoya la ampliación del Consejo en ambas categorías de miembros, permanentes y no permanentes, y da su respaldo a Alemania y el Japón, que merecen ser mencionados hoy, así como a la India, el Brasil y la representación africana.

La legitimidad y la credibilidad son fundamentales. Esa es la tercera enseñanza. ¿Qué credibilidad tiene el Consejo de Seguridad si permanece impotente frente a los crímenes en masa que se cometieron durante cuatro años en Siria? ¿Cómo puede usarse la soberanía como justificación para no actuar ante un conflicto que ya ha causado la muerte de más de 200.000 personas? El 26 de junio de 1945, los Estados Miembros de las Naciones Unidas se reunieron en San Francisco, firmaron la Carta y plasmaron en su preámbulo estas poderosas palabras, que aún hoy resuenan:

“Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra... a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana...”

Esa defensa de los derechos humanos fundamentales es la razón de ser de nuestra Organización.

Esos derechos están incorporados de manera solemne en la Declaración Universal de Derechos Humanos, que fue redactada por el jurista francés René Cassin, junto con nueve contrapartes de todo el mundo. La Declaración reafirma la intangibilidad y universalidad de los derechos humanos. Fue en ese contexto que Francia elaboró su iniciativa de proponer que los miembros permanentes del Consejo de Seguridad se abstuvieran, de manera voluntaria y colectiva, de recurrir al veto en situaciones de crímenes en masa, cuya magnitud y gravedad en Siria representan un insulto a las víctimas de la Segunda Guerra Mundial, que hoy recordamos. Esperamos que el septuagésimo aniversario de las Naciones Unidas nos permita avanzar con esa iniciativa.

Por último, quiero mencionar una enseñanza final que Francia mucho valora, que es que no puede haber paz sin justicia. La lucha contra la impunidad para los crímenes más graves, ya sea en Nuremberg en el pasado o en La Haya actualmente, debe seguir siendo el centro de nuestros esfuerzos por crear una paz duradera

y evitar el regreso a la guerra. Esa demanda de justicia se aplica claramente a Siria, donde los responsables de esos crímenes en gran escala deben ser juzgados por la Corte Penal Internacional.

Quiero terminar con una nota de esperanza. Entre 1870 y 1945, Francia y Alemania se enfrentaron en tres grandes guerras, con inclusión de dos Guerras Mundiales. Desde entonces, los incansables esfuerzos de los dirigentes de ambos lados del Rin han diseñado un sendero de verdadera reconciliación. La reconciliación franco-alemana permitió la creación de la Unión Europea, un experimento históricamente singular en la integración y construcción de una zona de paz, prosperidad y democracia. No existen conflictos hereditarios ni historia predestinada. La reconciliación de Francia y Alemania y la creación de la Unión Europea son enseñanzas importantes para nuestra época y un poderoso mensaje de esperanza para la comunidad de naciones.

Sr. Ramírez Carreño (República Bolivariana de Venezuela): Agradecemos la convocación de esta sesión solemne para conmemorar el septuagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial y rendir homenaje a todas las víctimas de este triste capítulo de la historia humana. Nos honra la presencia de un grupo de veteranos de guerra en esta sesión solemne. En ellos queremos agradecer el valor y el sacrificio de todos los que lucharon contra el nazismo y el fascismo. A 70 años del fin de la Segunda Guerra Mundial, debemos honrar y recordar a los millones de seres humanos, muertos o desaparecidos, heridos, desplazados y torturados por el horror de la guerra, la peor conflagración mundial, donde el hombre luchó por su sobrevivencia y el derecho a la vida de las generaciones futuras, luchó contra el nazismo y el fascismo. Hacemos votos porque esta sea la última guerra mundial y porque no haya más guerras entre los hombres.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, surgen las Naciones Unidas con el compromiso, plasmado en su Carta, de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, adoptando medidas eficaces que promuevan la paz y la seguridad, el desarrollo social y los derechos humanos de una manera integral e inclusiva. Desde entonces, la guerra quedó legalmente proscrita como fórmula de imposición o solución de diferencias.

La República Bolivariana de Venezuela es una tierra de paz. Hace 200 años, nuestros libertadores levantaron sus espadas por los derechos de nuestros pueblos y por la independencia de seis naciones sudamericanas. Jamás hemos agredido a otro país. Practicamos

la tolerancia, el diálogo y la inclusión en nuestro compromiso por la paz, la justicia y el entendimiento entre las naciones. A 70 años del fin de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, vemos con dolor y profunda preocupación cómo en vastas regiones del planeta se re producen ideologías intolerantes y agresivas, cómo resurgen el fascismo, el extremismo y el odio motivado por razones religiosas, étnicas, políticas, nacionales o históricas. Son ideologías que pretenden inflamar y justificar el desarrollo de la guerra para apoyar e imponer un sistema económico globalizado y hegemónico que resulta injusto, depredador e insostenible.

Tristemente hemos de lamentar que en estos 70 años se han producido y se siguen produciendo cruentas e infames guerras que, como siempre, tienen una profunda carga de tragedia para nuestra condición de seres humanos. Los millones de hombres y mujeres que han padecido y siguen padeciendo el horror de la guerra son un reto a la conciencia de la humanidad. Nos preguntamos, entonces, qué ideología o qué razones, qué perversos intereses geopolíticos y económicos pueden sostener o justificar la existencia de inmensos complejos militares, de tantas armas, de tanta tecnología, de tantos recursos y tantos medios, listos para borrar de la faz de la tierra al ser humano.

Hace pocos días rendíamos homenaje a las víctimas de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, que vaporizaron a miles de seres humanos en segundos y causaron más de 251.000 víctimas, además de sus terribles

secuelas en el tiempo. Desde aquí, una vez más, abogamos por el desarme y rechazamos la proliferación nuclear que en aquella infausta ocasión hizo que el mundo conociera el terror de la guerra nuclear.

Tenemos la responsabilidad moral y política de evitar que el profundo daño provocado por la ideología de la muerte, el fascismo, el odio, la violencia y la lógica militar y totalitaria reviva hoy en formas más modernas y sofisticadas, peligrosa y abrumadoramente más efectivas en su difusión y su accionar criminal. La guerra que asuela importantes regiones del planeta, el colonialismo, el intervencionismo, la promoción y la financiación del extremismo y el terrorismo como instrumento para desestabilizar países y provocar el caos con fines económicos y geopolíticos son prueba palpable de que aún nos queda mucho que hacer en la acción internacional para superar estos problemas y lograr una paz sostenible.

Ello constituye un recordatorio palmario y vívido de una obligación legal irrenunciable: la independencia política, la integridad territorial, la autodeterminación de los pueblos, la soberanía y la no injerencia en los asuntos internos son elementos básicos para mantener la paz y la seguridad en el planeta. Promoviendo el desarrollo social y la lucha contra la pobreza como banderas políticas que nos unan, haremos que la Segunda Guerra Mundial solo sea un mal recuerdo que la humanidad no repetirá nunca más.

Se levanta la sesión a las 12.55 horas.